



DESARROLLO EMOCIONAL EN LA PRIMERA INFANCIA

DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA



ADELA C. ALCÍVAR CHÁVEZ, JOHANNA P. ORDÓÑEZ CALLE, MIRIAN M. PATIÑO
CAMPOVERDE, ANGELA E. BARANDICA MACÍAS, IVONNE N. MOYA LARA

DESARROLLO EMOCIONAL EN LA PRIMERA INFANCIA

DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA

Autores

Adela Connie Alcívar Chávez

Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí
<https://orcid.org/0000-0001-8991-4834>

Johanna Patricia Ordóñez Calle

Independiente
<https://orcid.org/0009-0005-8493-9238>

Mirian Mercedes Patiño Campoverde

Instituto Superior Tecnológico Tsáchila
<https://orcid.org/0000-0003-3496-0280>

Angela Elizabeth Barandica Macías

Universidad Técnica Particular de Loja
<https://orcid.org/0000-0002-9597-3432>

Ivonne Nataly Moya Lara

Universidad Nacional del Chimborazo
<https://orcid.org/0000-0003-4090-789X>

erevna
Ecuador

DESARROLLO EMOCIONAL EN LA PRIMERA INFANCIA: DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA

Autores: Adela Connie Alcívar Chávez, Johanna Patricia Ordóñez Calle, Mirian Mercedes Patiño Campoverde, Angela Elizabeth Barandica Macías, Ivonne Nataly Moya Lara.

Editor: Gabriela Haidee Jarrín García

Publicación arbitrada por pares en modalidad double-blind peer review ([informe](#))

Primera edición noviembre 2025

e-ISBN: [978-9942-7297-5-0](#)

DOI: [10.70171/hce0r182](#)

Coordinación Editorial:

EREVNA CIENCIA EDICIONES

Diagramación y diseño digital:

EREVNA CIENCIA EDICIONES

Imagen de portada

©freepik

©(2025) Adela Connie Alcívar Chávez, Johanna Patricia Ordóñez Calle, Mirian Mercedes Patiño Campoverde, Angela Elizabeth Barandica Macías, Ivonne Nataly Moya Lara.

©(2025) Erevna Ciencia Ediciones

Av. Río Toachi y Calle los Bambúes, Santo Domingo de los Tsáchilas, Ecuador.

Teléfono: +593-968-173-352, editorial@e-revna.com

<https://e-revna.com>

Este libro está disponible en acceso abierto y se publica bajo una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International. Puede ser compartido en su forma original, siempre y cuando se otorgue crédito al autor, únicamente con propósitos no comerciales y sin realizar modificaciones ni crear obras derivadas. Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no reflejan necesariamente la postura de las instituciones que patrocinan o auspician esta publicación, ni de la editorial.



El editor no hace ninguna representación, expresa o implícita, con respecto a la exactitud de la información contenida en este libro y no puede aceptar ninguna responsabilidad legal o de otro tipo por cualquier error u omisión que pueda haber.

Datos para catalogación bibliográfica:

Alcívar-Chávez, A. C., Ordóñez-Calle, J. P., Patiño-Campoverde, M. M., Barandica-Macías, A. E., & Moya-Lara, I. N. (2025). *Desarrollo emocional en la primera infancia: de la teoría a la práctica*. Editorial Erevna Ciencia Ediciones, Ecuador. <https://doi.org/10.70171/hce0r182>

Contenido

Resumen.....	8
Abstract	9
Prólogo	10
Introducción.....	11
Fundamentos teóricos del desarrollo emocional.....	12
1.1. Emociones	13
1.2. Desarrollo emocional.....	14
1.2.1. Importancia en el desarrollo integral del niño.....	17
1.3. Principales teorías del desarrollo emocional.....	18
1.3.1. Teoría del apego (Bowlby y Ainsworth)	18
1.3.2. Teoría del desarrollo psicosocial (Erikson)	21
1.3.3. Teoría del desarrollo cognitivo de Piaget	23
1.3.4. Teoría sociocultural de Vygotsky	25
1.4. Neurociencia del desarrollo emocional	26
Factores que influyen en el desarrollo emocional.....	29
2.1. Influencia genética y biológica	30
2.2. Ambiente y experiencias tempranas	31
2.3. Cuidadores y calidad de la crianza	32
2.4. Influencias familiares y calidad del apego	34
2.5. Prácticas de crianza	35
2.6. Impacto de la cultura y el contexto social	37
Hitos del desarrollo emocional en la primera infancia.....	39
3.1. Desarrollo emocional en bebés (0-12 meses)	40
3.1.1. Vínculo de apego y su impacto en la seguridad emocional.....	40
3.1.2. Primeras interacciones con cuidadores.....	41
3.2. Desarrollo emocional en niños pequeños (1-3 años)	41
3.2.1. Regulación emocional temprana.	41
3.2.2. Empatía y el reconocimiento de emociones en otros	42
3.2.3. Manejo de la frustración y primeras rabietas	43
3.3. Desarrollo emocional en preescolares (3-6 años).....	43
3.3.1. Desarrollo de la autoconciencia emocional.....	43
3.3.2. Habilidades sociales emergentes	44
3.3.3. Regulación emocional y estrategias de afrontamiento	45
Evaluación del desarrollo emocional.....	46
4.1. Instrumentos y métodos de evaluación	47
4.1.1. Observación del comportamiento.....	47

4.1.2. Entrevistas y escalas de evaluación	47
4.1.3. Pruebas psicológicas específicas	48
4.2. Indicadores de un desarrollo emocional saludable.....	49
4.2.1. Seguridad en el apego	49
4.2.2. Capacidad de expresar y regular emociones.....	49
4.2.3. Interacciones sociales positivas.	50
4.3. Señales de alerta y trastornos del desarrollo emocional.....	50
4.3.1. Ansiedad por separación extrema	50
4.3.2. Dificultades en la regulación emocional	51
Estrategias y prácticas para fomentar el desarrollo emocional	53
5.1. El papel de la familia en el desarrollo emocional	54
5.1.1. Comunicación afectiva y validación emocional.....	55
5.1.2. Estrategias para fortalecer el apego seguro.....	55
5.1.3. Estrategias educativas y psicoeducativas	56
5.2. Juegos y actividades para la expresión emocional	56
5.3. Mindfulness y técnicas de relajación para niños pequeños	57
5.4. Intervenciones en caso de dificultades emocionales	58
5.4.1. Programas de educación emocional	59
5.4.2. Estrategias para abordar la ansiedad y la frustración	59
5.4.3. Trabajo con padres y educadores	60
Aplicaciones en diferentes contextos	62
6.1. Desarrollo emocional en el hogar	63
6.1.1. Rutinas y hábitos que favorecen la seguridad emocional	63
6.1.2. Manejo de conflictos familiares desde un enfoque emocional	65
6.2. Desarrollo emocional en la escuela y centros de cuidado infantil	66
6.2.1. Ambiente educativo y autorregulación emocional	66
6.2.2. Estrategias para educadores	67
6.3. Rol de la comunidad en la promoción del desarrollo emocional	68
1.4.1. Políticas públicas y programas de apoyo	68
1.4.2. Redes de apoyo para familias y profesionales	69
Conclusiones y recomendaciones	72
Bibliografía	75

Resumen

El libro *Desarrollo emocional en la primera infancia: de la teoría a la práctica* tiene como objetivo ofrecer una comprensión integral y actualizada del desarrollo emocional en los primeros años de vida, articulando fundamentos teóricos con estrategias prácticas que favorezcan el acompañamiento respetuoso y efectivo del niño en su proceso de maduración afectiva. A través de una metodología basada en la revisión bibliográfica, se analizan y sistematizan aportes de la psicología, la neurociencia, la educación y otras disciplinas afines, con énfasis en evidencias científicas recientes y enfoques reconocidos internacionalmente.

La obra presenta una visión amplia del desarrollo emocional, considerando tanto su base biológica como el papel fundamental del entorno, las experiencias tempranas, las interacciones con los cuidadores y el contexto sociocultural. Se destacan las principales teorías del desarrollo emocional, sin centrarse exclusivamente en una corriente, lo que permite una lectura plural y enriquecedora. Asimismo, se exploran los factores que influyen en este proceso, los hitos esperados durante la primera infancia, y los métodos de evaluación que permiten identificar tanto avances como posibles dificultades emocionales.

En su dimensión práctica, el libro ofrece orientaciones para padres, docentes y profesionales, proponiendo herramientas concretas como juegos, estrategias de crianza, técnicas de relajación y programas de intervención, aplicables en el hogar, la escuela y la comunidad. En suma, esta obra busca promover una comprensión crítica y empática del desarrollo emocional infantil, contribuyendo al diseño de entornos que favorezcan el bienestar emocional desde los primeros años de vida.

Palabras clave: desarrollo emocional infantil, bienestar infantil, crianza y educación emocional.

Abstract

The book *Emotional Development in Early Childhood: From Theory to Practice* aims to provide a comprehensive and up-to-date understanding of emotional development during the early years of life, combining theoretical foundations with practical strategies that support respectful and effective accompaniment of the child in their emotional maturation process. Through a methodology based on bibliographic review, it analyzes and systematizes contributions from psychology, neuroscience, education, and related disciplines, with an emphasis on recent scientific evidence and internationally recognized approaches.

The work offers a broad perspective on emotional development, considering both its biological basis and the fundamental role of the environment, early experiences, caregiver interactions, and the sociocultural context. Major theories of emotional development are highlighted without focusing exclusively on any single framework, allowing for a plural and enriching perspective. Additionally, the book explores influencing factors, expected milestones during early childhood, and evaluation methods that help identify both progress and potential emotional difficulties.

In its practical dimension, the book provides guidance for parents, educators, and professionals, offering concrete tools such as games, parenting strategies, relaxation techniques, and intervention programs applicable in the home, school, and community settings. Ultimately, this work seeks to promote a critical and empathetic understanding of children's emotional development, contributing to the creation of environments that support emotional well-being from the earliest stages of life.

Keywords: child emotional development, child well-being, parenting and emotional education.

Prólogo

La primera infancia es un territorio fértil. En ella convergen la ternura y la incertidumbre, la plasticidad del cerebro y la intensidad de las emociones, el asombro del descubrimiento y la necesidad constante de contención. Es un tiempo que no se repite, pero cuyas huellas acompañan durante toda la vida.

Este libro surge del convencimiento de que lo emocional no es un accesorio del desarrollo infantil, sino su sustrato vital. Sin embargo, aunque su importancia resulta cada vez más reconocida, todavía existen vacíos en la comprensión, el acompañamiento y la atención de los procesos emocionales en la niñez. Frente a ello, esta obra busca abrir un espacio amplio donde el saber académico, la experiencia educativa y la sensibilidad humana puedan encontrarse y dialogar.

En sus capítulos, el lector encontrará propuestas, enfoques y reflexiones que invitan a pensar el desarrollo emocional no solo desde la teoría, sino desde la práctica concreta de quienes trabajan con la infancia: psicólogos, educadores, cuidadores y otros actores comprometidos con el bienestar de los más pequeños. Cada contribución ha sido pensada como una herramienta, pero también como una invitación a mirar con más profundidad y más empatía.

Este no es un libro solo para especialistas. Es un libro para toda persona interesada en comprender mejor los procesos que dan forma a la vida emocional durante los primeros años. Su valor está en el enfoque integrador y en el cuidado con el que se ha tejido cada texto, con la certeza de que el respeto a la infancia comienza por reconocerla como sujeto pleno, digno de atención, de escucha y de afecto.

Ofrecer este libro al lector es, en definitiva, un gesto de confianza en el poder transformador de la educación emocional desde los primeros días. Que este viaje por sus páginas sirva para inspirar nuevas prácticas, para fortalecer vínculos y para renovar el compromiso con una infancia más acompañada, más comprendida y libre.

Dra. Adela Connie Alcívar Chávez

Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí

Introducción

Hablar del desarrollo emocional en la primera infancia es adentrarse en una dimensión profunda de la experiencia humana. Es en esos primeros años de vida cuando se configuran muchas de las bases sobre las cuales se construyen los vínculos, las formas de percibir el mundo y de habitarlo. Aunque no siempre sea visible, lo emocional recorre cada gesto, cada descubrimiento y cada relación que se establece en esta etapa vital.

En un tiempo en que las transformaciones sociales, culturales y tecnológicas modifican aceleradamente los entornos en los que crecen las nuevas generaciones, resulta fundamental volver la mirada a lo que ocurre en los primeros años de vida con una sensibilidad renovada. Comprender las vivencias emocionales de la infancia no es un ejercicio reservado a especialistas: es una tarea compartida por quienes acompañan, educan, cuidan y forman parte del tejido cotidiano en que se desarrollan niñas y niños.

Este libro nace con la intención de aportar a esa mirada integradora, cuidadosa y comprometida con la infancia. A través de distintas voces y enfoques, se propone explorar el desarrollo emocional desde una visión amplia, que reconoce su complejidad sin perder de vista la sencillez con la que muchas veces se expresa en la vida cotidiana. No se trata de encasillar ni de ofrecer fórmulas, sino de abrir caminos para la reflexión, la intervención y el acompañamiento respetuoso.

Invitamos, por tanto, a leer estas páginas no solo desde el interés académico o profesional, sino también desde el compromiso humano con una etapa de la vida tan decisiva como delicada.

Ampliar la conversación sobre el desarrollo emocional en la infancia es, en efecto, una forma de contribuir a la construcción de sociedades más empáticas, conscientes y equitativas. Desde los hogares hasta las instituciones educativas y de salud, el modo en que se reconoce y se responde a las emociones de la niñez tiene efectos que trascienden el presente y alcanzan el porvenir. Por ello, cada reflexión aquí contenida busca sumar a una cultura de cuidado, donde lo emocional no sea visto como un aspecto secundario, sino como un hilo conductor de la vida misma.

Capítulo 1

Fundamentos teóricos del desarrollo emocional

La primera infancia, comprendida desde el nacimiento hasta aproximadamente los seis años de edad, constituye una etapa crítica en el desarrollo humano, marcada por un notable crecimiento emocional. Durante este periodo, los niños atraviesan una serie de experiencias afectivas que repercuten tanto en su bienestar inmediato, como en la forma en que interpretan el entorno y establecen relaciones consigo mismos y con los demás. Estas experiencias tempranas constituyen la base del desarrollo emocional futuro y ejercen una influencia significativa en la salud mental, los vínculos afectivos y la capacidad de adaptación social.

En este contexto, resulta indispensable examinar los fundamentos teóricos que sustentan el estudio del desarrollo emocional en la infancia. Comprender dichos fundamentos permite una aproximación al fenómeno de estudio, así como el diseño de estrategias de intervención ajustadas a las necesidades evolutivas y emocionales de los niños.

El presente capítulo tiene como propósito ofrecer un marco conceptual que facilite la comprensión de los principales componentes del desarrollo emocional durante la primera infancia. Para ello, se abordan las definiciones, funciones, dimensiones y factores que inciden en las emociones, así como las teorías más relevantes que explican su surgimiento y evolución en los primeros años de vida. A través de esta revisión, se busca proporcionar herramientas que orienten tanto la reflexión académica como la práctica profesional en contextos educativos, familiares y clínicos.

1.1. Emociones

Comprender el desarrollo emocional requiere entender qué son las emociones. Según Šimić et al. (2021), las emociones son respuestas psicofisiológicas complejas que se activan ante estímulos internos o externos y que cumplen funciones de adaptación del individuo a su entorno. Estas respuestas involucran componentes subjetivos, cognitivos, conductuales y fisiológicos, que permiten interpretar situaciones, expresar necesidades, regular conductas, tomar decisiones y establecer vínculos sociales (Ali, 2023).

Desde una perspectiva evolutiva, se suele distinguir entre emociones primarias y secundarias. Las emociones primarias —como la alegría, el miedo, la ira, la tristeza, la sorpresa y el asco— se manifiestan de forma temprana y son consideradas universales, es decir, presentes en todas las culturas humanas (Ekman, 1992). No requieren un aprendizaje previo ni un nivel avanzado de desarrollo cognitivo, ya que están asociadas a mecanismos innatos de supervivencia (Rodríguez-Torres et al., 2005).

En cambio, las emociones secundarias —como la vergüenza, la culpa, el orgullo y los celos— emergen en una etapa más avanzada del desarrollo infantil y dependen en gran medida del proceso de socialización y del desarrollo de la autoconciencia (Ekman, 1992). Estas emociones implican la capacidad de compararse con los demás, reconocer normas sociales e interpretar la evaluación externa, por lo que su aparición suele ubicarse a partir del segundo año de vida (Rodríguez-Torres et al., 2005).

Durante los primeros años de vida, las emociones emergen como mecanismos básicos de comunicación. En ausencia de un lenguaje verbal consolidado, los niños pequeños expresan sus estados emocionales a través del llanto, la risa, los gestos faciales y el contacto físico (Trevarthen, 2017). Estas expresiones emocionales cumplen una doble función: por un lado, permiten que el niño comunique sus necesidades a los adultos que lo cuidan; por otro, constituyen experiencias para el desarrollo de la conciencia emocional y la construcción de la identidad (Klein, 2018).

Comprender la naturaleza y la evolución de las emociones en la infancia resulta preciso para analizar cómo los niños comienzan a desarrollar capacidades de autorregulación emocional, empatía y comprensión de los estados afectivos propios y ajenos. Estos procesos, como se abordará en las siguientes secciones, están profundamente influenciados por el entorno familiar, las interacciones tempranas, la calidad del apego y los contextos socioculturales en los que el niño se desenvuelve.

1.2. Desarrollo emocional

El desarrollo emocional puede definirse como un proceso dinámico y progresivo mediante el cual se adquieren, refinan y consolidan habilidades afectivas esenciales (Thümmeler et al., 2022). Este proceso involucra la comprensión y gestión de las propias emociones, así como la interpretación y respuesta a las emociones de los demás. Además, implica la expresión emocional acorde con la edad y la regulación de las emociones en diversos contextos (Malti & Noam, 2016). Su evolución está determinada por una interacción compleja de factores biológicos, ambientales y sociales que favorecen o dificultan el desarrollo de competencias emocionales (Darling-Churchill & Lippman, 2016).

El desarrollo emocional puede entenderse a partir de diferentes dimensiones que permiten una comprensión más amplia de su impacto en la infancia. Una de estas dimensiones es la **autoconciencia emocional**, entendida como la capacidad de reconocer y comprender las propias emociones, así como su impacto en los pensamientos y comportamientos (Antonopoulou, 2024). Este componente resulta fundamental en la construcción del autoconcepto y en los procesos de autorregulación emocional, ya que posibilita que los individuos identifiquen sus estados afectivos, reflexionen sobre ellos y respondan de manera adecuada ante distintas situaciones (Huggins et al., 2020).

La autoconciencia emocional no solo permite un mejor manejo de las propias emociones, sino que también fortalece las habilidades para la vida en sociedad, como la comunicación asertiva, la empatía y la toma de decisiones informadas (Lychnell, 2021). Una persona con un nivel elevado de autoconciencia emocional es capaz de identificar patrones en sus respuestas afectivas, anticipar posibles desencadenantes emocionales y modular su conducta según las demandas del entorno (Chon & Sitkin, 2021).

Otra dimensión relevante del desarrollo emocional es la **expresión emocional**, entendida como la capacidad para manifestar los sentimientos de manera congruente y apropiada, ya sea con gestos, palabras o acciones (Keltner et al., 2019). Esta capacidad ayuda a la comunicación efectiva y a la construcción de relaciones interpersonales saludables, ya que permite que los demás comprendan el estado emocional del individuo y respondan en consecuencia.

La expresión emocional está influenciada por diversos factores interrelacionados. En primer lugar, los **factores biológicos**, como la maduración del sistema nervioso y el desarrollo de las funciones cognitivas, permiten una mayor precisión y sofisticación en la expresión emocional. En segundo lugar, los **factores culturales** influyen en cómo se aprenden y regulan las emociones, ya

que las normas sociales y los valores propios de cada contexto moldean las formas aceptables de expresar o reprimir determinadas emociones. Finalmente, las *experiencias de socialización*, especialmente aquellas vinculadas a las interacciones con padres, cuidadores y pares, contribuyen significativamente a la construcción de estilos expresivos y a la interiorización de modelos de regulación emocional (Matsumoto & Hwang, 2012).

Una expresión emocional equilibrada no solo favorece la conexión interpersonal, sino que también desempeña un papel central en la autorregulación afectiva. Los niños que aprenden a expresar sus emociones de forma clara y adecuada tienden a manejar mejor el estrés, resolver conflictos con mayor eficacia y establecer relaciones sociales más satisfactorias (Santamaría-Villar et al., 2021). Así, el fomento de esta dimensión desde edades tempranas resulta indispensable para un desarrollo emocional saludable.

En este mismo sentido, la **regulación emocional** constituye la dimensión que permite gestionar las emociones de manera eficaz, modulando su intensidad y expresión según las circunstancias y las demandas del entorno (Gagnon & Monties, 2023). Este proceso implica el uso de estrategias cognitivas y conductuales para controlar impulsos, reducir el estrés y mantener el equilibrio emocional en situaciones diversas (Preece et al., 2023).

El desarrollo de la regulación emocional está influenciado por una serie de factores interrelacionados. El primero de ellos es el *desarrollo neurológico*, ya que la maduración del sistema límbico y de la corteza prefrontal, regiones que participan en el procesamiento emocional y el control ejecutivo, facilita una mayor capacidad para inhibir respuestas impulsivas y planificar conductas reguladas (Berboth & Morawetz, 2021; Schore, 2015). A su vez, los *modelos de referencia* influyen en el desarrollo emocional, ya que los niños aprenden a regular sus emociones observando las estrategias empleadas por sus cuidadores y otras figuras de apego (Hajal & Paley, 2020). Las *experiencias de socialización* también tienen un impacto significativo, pues la interacción con pares y otros adultos en diferentes contextos permite al niño practicar y desarrollar habilidades de regulación emocional (McKee et al., 2021). Por último, los *factores culturales* determinan las normas sociales que rigen la expresión y el control de las emociones, influenciando la forma en que los niños aprenden a regularse dentro de su contexto cultural específico (Van Kleef & Côté, 2022).

Una regulación emocional adecuada está asociada con numerosos beneficios en el desarrollo integral del individuo. Entre estos beneficios se destacan la construcción de la resiliencia, la mejora en la toma de decisiones, la

disminución de conductas disruptivas y una mayor capacidad para enfrentar retos personales y sociales de manera adaptativa y reflexiva (Tamir, 2016). Fomentar esta competencia desde edades tempranas es, por tanto, necesario para la salud mental y el bienestar emocional a lo largo de la vida.

Así también, la **comprensión emocional** se refiere a la capacidad de identificar, interpretar y dar significado a las emociones propias y ajenas. Esta habilidad favorece el desarrollo de la empatía, la interacción social y la regulación emocional, ya que permite a las personas responder de manera adecuada ante diversas situaciones afectivas (Israelashvili et al., 2019).

El desarrollo de la comprensión emocional está estrechamente vinculado al aprendizaje social y al entorno en el que se desenvuelve el individuo. Factores como la interacción con los cuidadores, el modelado de respuestas emocionales y el lenguaje utilizado para describir los estados afectivos influyen en la capacidad de interpretar las emociones con precisión.

Una adecuada comprensión emocional no solo favorece la adaptación social, y a la prevención de conflictos interpersonales. Al comprender mejor las emociones de los demás, las personas pueden aplicar estrategias de afrontamiento más efectivas, mejorar su comunicación y fortalecer sus relaciones interpersonales. Además, esta habilidad favorece el bienestar psicológico y actúa como un factor protector frente a dificultades emocionales y trastornos del estado de ánimo.

Por otro lado, el **desarrollo de la empatía**. La empatía es la capacidad de ponerse en el lugar del otro y comprender sus emociones. Existen dos tipos principales de empatía: la *empatía cognitiva*, que implica la comprensión intelectual de las emociones ajenas, y la *empatía afectiva*, que supone la capacidad de experimentar emociones en respuesta a las de los demás (Thompson et al., 2022).

La falta de empatía puede estar asociada con dificultades en la socialización, un mayor riesgo de comportamientos agresivos o desajustados, y una menor capacidad para regular la conducta prosocial (Spinrad et al., 2022). Las personas con dificultades empáticas pueden experimentar desafíos en su capacidad para formar relaciones saludables y para responder adecuadamente a las necesidades emocionales de los demás. Por ello, fomentar el desarrollo de la empatía desde etapas tempranas de la vida es clave para el bienestar emocional y social de los individuos.

1.2.1. Importancia en el desarrollo integral del niño

El desarrollo emocional en la primera infancia es un pilar para el bienestar integral del niño. A través del aprendizaje emocional, los niños construyen una base para afrontar los desafíos de la vida, establecer relaciones saludables y desarrollar una autoestima positiva (Konishi & Wong, 2018).

La adquisición temprana de habilidades emocionales —como la identificación, expresión y regulación de emociones— permite al niño desarrollar recursos internos para enfrentar de forma adaptativa los desafíos del entorno. Estas habilidades no solo fortalecen su autoestima y sentido de competencia personal, sino que también promueven la resiliencia, es decir, la capacidad de sobreponerse a las dificultades y de mantener un equilibrio emocional ante situaciones adversas (Ronen, 2021). En este sentido, el desarrollo emocional contribuye significativamente a la construcción de una identidad sólida y segura, favoreciendo la autonomía y la autorregulación a medida que el niño crece.

El entorno social, en particular la calidad de las relaciones con cuidadores y educadores desempeña un rol determinante en este proceso. La sensibilidad y disponibilidad emocional de los adultos de referencia influyen de manera directa en el desarrollo afectivo del niño (Sofri et al., 2025). Respuestas coherentes, empáticas y cálidas frente a sus necesidades emocionales fomentan el apego seguro (Gökçe & Yılmaz, 2018), condición que proporciona una base desde la cual el niño puede explorar su entorno con confianza y establecer vínculos sociales saludables. Por el contrario, contextos caracterizados por la negligencia emocional, la inconsistencia o la falta de contención pueden derivar en dificultades para regular emociones, baja autoestima e inseguridad afectiva (Koçak & Çağatay, 2024; Rees, 2008).

Además, el desarrollo emocional en la primera infancia guarda una estrecha relación con otros dominios del desarrollo. Diversos estudios han demostrado que los niños emocionalmente competentes presentan mejores desempeños en el ámbito académico, ya que la regulación emocional facilita la concentración, la persistencia en las tareas y la interacción positiva en contextos escolares (Lee & Son, 2023). Asimismo, las habilidades emocionales fortalecen la socialización, permitiendo que el niño se comunique eficazmente, resuelva conflictos y participe activamente en la vida grupal (Alwaely et al., 2021).

Por tanto, fomentar el desarrollo emocional desde los primeros años no debe concebirse únicamente como una medida para promover el bienestar inmediato, sino como una inversión a largo plazo en el desarrollo humano. Una

educación emocional temprana adecuada contribuye a la formación de personas empáticas, seguras de sí mismas y capaces de establecer relaciones saludables, lo cual repercute positivamente en su inserción social, su desempeño académico y su salud mental a lo largo del ciclo vital.

1.3. Principales teorías del desarrollo emocional

El desarrollo emocional ha sido objeto de estudio en diversas disciplinas que buscan comprender cómo las personas experimentan, expresan y regulan sus emociones a lo largo de la vida. Diferentes enfoques teóricos han aportado explicaciones valiosas sobre los factores que influyen en este proceso, así como sobre las etapas y mecanismos implicados en la construcción emocional del ser humano. Estas perspectivas han proporcionado marcos conceptuales útiles para la investigación, la educación y la intervención en contextos clínicos y sociales. A continuación, se presentan algunas de las propuestas más representativas, que permiten entender mejor la complejidad y riqueza del desarrollo emocional en la primera infancia.

1.3.1. Teoría del apego (Bowlby y Ainsworth)

La teoría del apego, desarrollada por el psicólogo británico John Bowlby y ampliada por la psicóloga estadounidense Mary Ainsworth, es una de las más influyentes en el campo de la psicología del desarrollo. Su enfoque se centra en cómo los vínculos afectivos tempranos entre un niño o niña y sus cuidadores influyen en el desarrollo emocional, social y cognitivo del individuo a lo largo de su vida (Allen, 2023).

La premisa básica de Bowlby es que los seres humanos nacen con una predisposición biológica para formar vínculos emocionales con sus cuidadores. Bowlby propuso que este apego es fundamental para la supervivencia, ya que los niños dependen de la protección y el cuidado de sus padres o figuras significativas para garantizar su bienestar y seguridad (Bowlby, 1979). En este sentido, el apego actúa como un mecanismo evolutivo que asegura que el niño permanezca cerca de la figura de apego, facilitando su protección frente a peligros.

Bowlby destacó que la calidad de las interacciones entre el niño y el cuidador temprano influye directamente en el tipo de apego que el niño desarrollará. A través de estas interacciones, los niños desarrollan representaciones mentales o “*modelos internos de trabajo*” que guiarán sus futuras relaciones interpersonales. Estos modelos internos son esquemas cognitivos que permiten a los niños interpretar y anticipar el comportamiento de los demás, así como

gestionar sus propias emociones y necesidades dentro de sus relaciones (Bowlby, 1992).

Por otro lado, Ainsworth desarrolló un procedimiento innovador conocido como la "*situación extraña*" para evaluar el apego en los niños pequeños. Este procedimiento consiste en una serie de separaciones y reuniones entre el niño y su madre, en un entorno controlado, lo que permite observar cómo reacciona el niño ante situaciones de estrés y cómo busca consuelo en la figura de apego. A través de este estudio, Ainsworth identificó tres patrones principales de apego en los niños: apego seguro, apego ansioso-ambivalente y apego evitativo a los que posteriormente añadió el apego desorganizado (Ainsworth et al., 2015).

Apego seguro: los niños con apego seguro muestran una relación positiva con su madre o cuidador, buscando consuelo en ellos cuando se sienten amenazados o inseguros, pero explorando el entorno de manera autónoma. Este tipo de apego se asocia con una mayor confianza y habilidad para formar relaciones saludables en la vida adulta.

Apego ansioso-ambivalente: los niños con apego ansioso-ambivalente muestran una dependencia excesiva de la figura de apego, mostrando ansiedad y dificultad para explorar el entorno. Estos niños pueden tener dificultades para calmarse cuando se reencuentran con su madre después de una separación y pueden mostrarse ansiosos o angustiados.

Apego evitativo: los niños con apego evitativo tienden a evitar o ignorar a la figura de apego, ya que aprenden que no pueden contar con ellos para satisfacer sus necesidades emocionales. Este patrón de apego puede reflejar una falta de respuesta por parte del cuidador ante las necesidades del niño.

Apego desorganizado: este patrón se caracteriza por falta de una estrategia coherente de apego. Los niños con apego desorganizado muestran comportamientos confusos o contradictorios, como acercarse a la madre mientras evitan el contacto visual o acercarse y luego alejarse de ella. Este tipo de apego está asociado con experiencias de maltrato o negligencia, y puede tener efectos negativos en el desarrollo emocional y social.

La teoría del apego ha tenido un impacto duradero en el estudio del desarrollo humano, ya que sugiere que las experiencias tempranas de apego influyen en la forma en que los individuos interactúan con el mundo (Howe & Betts, 2023). Bowlby y Ainsworth demostraron que las relaciones tempranas son críticas no solo para la supervivencia inmediata, sino también para la construcción de la identidad y la capacidad para formar relaciones saludables a lo largo de la vida (Mikulincer & Shaver, 2023).

Un aspecto central de la teoría del apego es su influencia sobre la autorregulación emocional. Los niños que experimentan un apego seguro tienden a desarrollar una mayor capacidad para regular sus emociones de manera efectiva, lo que les permite enfrentar situaciones estresantes con una mayor resiliencia. Por el contrario, los niños con un apego inseguro pueden tener dificultades para gestionar sus emociones y pueden mostrar conductas más desadaptativas en la adultez (Pallini et al., 2018).

Por otra parte, estudios longitudinales han respaldado la afirmación de que los modelos de apego formados en la infancia influyen significativamente en el desarrollo socioemocional y en la salud mental a lo largo de la vida (Lam et al., 2019). Por ejemplo, investigaciones han encontrado que los niños que presentan un apego seguro durante la infancia tienen menos probabilidades de desarrollar síntomas de ansiedad, depresión y problemas de conducta en la adolescencia y adultez (Bosmans & Borelli, 2022). Asimismo, los patrones de apego inseguro, como el ansioso-ambivalente y el evitativo, han sido consistentemente asociados con mayores niveles de vulnerabilidad emocional, dificultades en la resolución de conflictos y problemas en la construcción de relaciones interpersonales estables y satisfactorias (Erzen & Çikrikçi, 2024).

Desde una perspectiva clínica, la comprensión de los estilos de apego ha sido fundamental para el desarrollo de intervenciones terapéuticas centradas en la reparación de vínculos afectivos y el fortalecimiento de la regulación emocional. Por ejemplo, enfoques como la Terapia Basada en la Mentalización (Smits et al., 2022) y la Terapia Focalizada en la Emoción (Enez, 2021) integran los principios de la teoría del apego para abordar trastornos como la depresión, la ansiedad y los problemas relacionales en adultos.

En el ámbito educativo, se ha observado que los niños que establecen vínculos seguros con sus maestros muestran un mejor desempeño académico, mayor motivación y una mejor adaptación social, ya que las relaciones positivas en contextos escolares pueden funcionar como figuras de apego secundarias que favorecen el bienestar socioemocional (García-Rodríguez et al., 2023).

Por otra parte, investigaciones recientes han destacado la relevancia de la teoría del apego en contextos de trauma y adversidad. Estudios han demostrado que los niños que han experimentado negligencia, abuso o separación prolongada de sus cuidadores principales tienen mayor riesgo de desarrollar un apego desorganizado, lo que puede derivar en desregulación emocional, dificultades en la empatía y una mayor predisposición a presentar trastornos de salud mental en la adultez, como el trastorno límite de la personalidad o el trastorno de estrés postraumático (Yilmaz & Arslan, 2022).

1.3.2. Teoría del desarrollo psicosocial (Erikson)

La teoría del desarrollo psicosocial de Erik Erikson ofrece un marco para comprender cómo los niños experimentan y resuelven los primeros desafíos emocionales y sociales en su crecimiento. Erikson plantea que el desarrollo humano ocurre a lo largo de ocho etapas, cada una marcada por un conflicto que debe resolverse de manera positiva para garantizar un desarrollo saludable. En el contexto de la primera infancia, las primeras tres etapas de su teoría, que abarcan desde el nacimiento hasta los seis años, son fundamentales en la formación de la identidad y en el establecimiento de las bases para la regulación emocional (Maree, 2022).

La etapa de **Confianza vs. Desconfianza** es la primera de las ocho etapas del desarrollo psicosocial propuestas por Erik Erikson, y se desarrolla entre los primeros 18 meses de vida. Durante este período, el bebé comienza a interactuar con el mundo exterior y a depender completamente de sus cuidadores. La tarea central de esta etapa es que el niño desarrolle una sensación básica de confianza en su entorno y en las personas que lo cuidan, especialmente en los padres o figuras primarias (Orenstein & Lewis, 2022).

Si los cuidadores responden de manera consistente y afectuosa a las necesidades del niño, este desarrollará una confianza básica en el mundo que lo rodea. El bebé aprende que puede confiar en que sus necesidades serán satisfechas, lo que le permite sentirse seguro y explorar el mundo a su alrededor con confianza. Esta confianza no solo se refiere a la relación con los cuidadores, sino también a la percepción de que el mundo es un lugar predecible y seguro, lo cual es esencial para el desarrollo emocional y social posterior (Gross, 2020).

Por el contrario, si los cuidadores no responden de manera consistente o están ausentes emocionalmente, el bebé puede desarrollar desconfianza. Esto se traduce en un sentimiento de inseguridad y una visión negativa del mundo, donde el niño no está seguro de si sus necesidades serán atendidas o no. La desconfianza puede llevar a dificultades en el establecimiento de relaciones saludables más adelante en la vida, ya que el niño podría interpretar el mundo como un lugar incierto y amenazante (McLeod, 2018).

La virtud que Erikson asocia con esta etapa es la esperanza, una cualidad fundamental para el desarrollo saludable (Chung, 2018). Cuando la confianza se establece en esta fase temprana, el niño se siente capaz de enfrentarse a los desafíos de la vida, confiando en que las personas y el entorno responderán a sus necesidades de manera adecuada.

La segunda etapa del desarrollo psicosocial según Erikson, denominada **Autonomía vs. Vergüenza y Duda**, ocurre aproximadamente entre los 1 y los 3 años. En esta fase, los niños comienzan a desarrollar un sentido de independencia y a explorar su autonomía (Orenstein & Lewis, 2022).

Durante este periodo, los niños se enfrentan a la tarea de aprender a controlar sus impulsos y tomar decisiones por sí mismos. A medida que desarrollan habilidades motoras y de lenguaje, los niños comienzan a explorar su entorno de manera más activa, lo que incluye caminar, hablar y, en general, realizar actividades por sí solos, como vestirse o alimentarse. Este creciente deseo de independencia es clave para la formación de la autonomía (Gross, 2020).

Si los cuidadores permiten al niño experimentar y explorar su entorno de manera controlada y de forma segura, el niño desarrollará un sentimiento de autonomía. El niño aprenderá a confiar en sus propias capacidades, lo que fortalecerá su autoconfianza y su habilidad para tomar decisiones. La autonomía en esta etapa también involucra el desarrollo del control sobre los aspectos básicos del cuerpo, como el control de esfínteres, lo cual es un logro importante para el niño. Sin embargo, si los cuidadores reaccionan de manera excesivamente crítica o restrictiva, o si son demasiado permisivos y no brindan estructura, el niño puede comenzar a experimentar sentimientos de vergüenza y duda sobre sí mismo. La falta de apoyo o la crítica constante pueden hacer que el niño sienta que no es capaz de hacer las cosas por sí mismo, lo que lleva a una falta de confianza en sus habilidades y una sensación de inseguridad (McLeod, 2018).

La virtud asociada con esta etapa es la voluntad, que se refiere a la capacidad de tomar decisiones y actuar con independencia, pero dentro de límites saludables (Chung, 2018). Cuando los niños logran un equilibrio entre la autonomía y la dependencia, aprenden a tomar decisiones con confianza y a aceptar la responsabilidad de sus elecciones sin caer en la vergüenza o la duda excesiva. Este sentido de autonomía sienta las bases para el desarrollo emocional y social saludable en etapas posteriores de la vida.

La etapa de **Iniciativa vs. Culpa** se desarrolla entre los 3 y los 6 años, y es una de las fases más importantes para el desarrollo del niño en cuanto a la adquisición de habilidades sociales, emocionales y cognitivas. Durante esta etapa, los niños comienzan a desarrollar un sentido más fuerte de iniciativa, lo que les permite emprender actividades y asumir roles más activos en su entorno (Orenstein & Lewis, 2022).

A medida que los niños ganan habilidades motoras más complejas y una mayor comprensión del lenguaje, se sienten motivados a explorar más allá de su hogar

y su familia, incursionando en el juego libre y en actividades con otros niños. Aquí, el niño empieza a tomar la iniciativa en las interacciones con los demás, mostrando curiosidad por aprender y experimentar cosas nuevas, como crear, inventar o asumir nuevos roles en el juego simbólico. El impulso de ser creativo, asumir responsabilidades y tomar decisiones por sí mismo es clave en esta etapa (Gross, 2020).

Si los cuidadores o las figuras de autoridad responden de manera positiva y fomentan esta curiosidad y exploración, el niño desarrolla un sentido de iniciativa, sintiéndose capaz y motivado para llevar a cabo tareas y objetivos propios. Este sentimiento de iniciativa es fundamental para la formación de la autoconfianza en el niño, ya que aprende que sus acciones tienen consecuencias y que puede ser un agente activo en su mundo. Sin embargo, si las iniciativas del niño son constantemente reprimidas, criticadas o malinterpretadas, el niño puede comenzar a experimentar sentimientos de culpa. Cuando las actividades del niño son vistas como inapropiadas o inadecuadas, o cuando se les impide explorar y tomar decisiones por sí mismos de manera excesiva, el niño puede sentirse avergonzado de sus esfuerzos y desarrollar una sensación de inseguridad sobre sus habilidades y deseos. La culpa puede surgir cuando el niño siente que sus intentos son incorrectos o que sus iniciativas traen consecuencias negativas, ya sea por culpa de su comportamiento o por la desaprobación de los adultos (McLeod, 2018).

La virtud asociada a esta etapa es la decisión, lo que implica la capacidad de tomar decisiones y actuar con una sensación de control sobre los propios deseos e intenciones, sin miedo a la culpa o la reprimenda (Chung, 2018). Si los niños logran un equilibrio adecuado entre la libertad para explorar y aprender, y las pautas proporcionadas por los cuidadores, desarrollan un sentimiento de responsabilidad hacia sus acciones. Esta etapa es crucial porque la capacidad de tomar la iniciativa y afrontar las consecuencias de las decisiones es una habilidad central que les servirá en todas las áreas de la vida.

1.3.3. Teoría del desarrollo cognitivo de Piaget

Jean Piaget propuso una teoría del desarrollo cognitivo basada en la interacción entre el niño y su entorno. Si bien su teoría se centra principalmente en el desarrollo del pensamiento, sus principios tienen implicaciones importantes para la comprensión de las emociones. Piaget destacó que el desarrollo emocional y cognitivo están interrelacionados, ya que la forma en que los niños interpretan el mundo afecta sus respuestas emocionales y su capacidad de adaptación (Corrêa, 2024).

Durante la primera infancia, los niños atraviesan las etapas sensoriomotora (0-2 años) y preoperacional (2-7 años). Durante la etapa sensoriomotora, los bebés y niños pequeños exploran el mundo a través de sus sentidos y acciones motoras. A medida que los niños aprenden a coordinar sus movimientos y a comprender la permanencia de los objetos (es decir, que los objetos siguen existiendo, aunque no los vean), también comienzan a desarrollar una conciencia más clara de sí mismos y de su entorno. Esta capacidad de explorar y experimentar influye en su desarrollo emocional, ya que los niños comienzan a relacionarse con los objetos y las personas de su entorno de manera más intencional (Sanghvi, 2020). El vínculo emocional con los cuidadores se fortalece a través de interacciones repetidas y significativas, lo que contribuye a la construcción de la confianza y el apego, según la teoría del apego de Bowlby.

A medida que los niños entran en la etapa preoperacional, su pensamiento se vuelve más simbólico. Comienzan a usar el lenguaje y los símbolos para representar el mundo, lo que les permite crear representaciones mentales de objetos y eventos que no están presentes. Esto también afecta la forma en que experimentan y gestionan sus emociones. Los niños en esta etapa son propensos a ver el mundo desde su perspectiva egocéntrica, lo que significa que tienen dificultades para comprender las emociones y los puntos de vista de los demás. Esto puede llevar a malentendidos emocionales y conflictos con los demás, ya que los niños pueden interpretar las situaciones de manera más literal o desde su propia experiencia emocional sin considerar las intenciones de otros (Pakpahan & Saragih, 2022).

La transición hacia un pensamiento más lógico y la capacidad de realizar operaciones mentales se da en la siguiente etapa, la operacional concreta (7-11 años), pero en la primera infancia, los niños aún están en el proceso de construir las bases para esta lógica. Durante esta fase, la relación con las emociones también está en evolución. A medida que los niños desarrollan su capacidad para pensar en términos más abstractos y para comprender la causa y el efecto de las situaciones, también aprenden a regular sus respuestas emocionales (McLeod, 2018). La capacidad de reconocer que sus emociones pueden ser una respuesta a sus pensamientos y percepciones, y que pueden influir en su comportamiento, es una habilidad que se va construyendo progresivamente durante este período.

La relación entre la cognición y las emociones en la primera infancia, según Piaget, destaca la importancia de la interacción entre el pensamiento y la experiencia emocional. Los niños en estas primeras etapas no solo están aprendiendo sobre el mundo a través de su pensamiento lógico, sino que

también están desarrollando una comprensión emocional de ese mundo. Las emociones no solo son reacciones impulsivas, sino que también se están modelando por las interpretaciones cognitivas que los niños hacen de las situaciones.

1.3.4. Teoría sociocultural de Vygotsky

La teoría sociocultural de Lev Vygotsky se centra en el impacto del entorno social y cultural en el desarrollo cognitivo y emocional de los niños. A diferencia de Piaget, quien destacó el papel de la maduración biológica en el desarrollo cognitivo, Vygotsky subrayó la importancia de la interacción social y la cultura como factores determinantes en el crecimiento de las capacidades cognitivas y emocionales. Según Vygotsky, el desarrollo no ocurre de manera aislada, sino que es el resultado de las interacciones entre el niño y los adultos, así como con otros niños en su entorno. Esta teoría tiene implicaciones significativas para comprender cómo los niños en la primera infancia desarrollan habilidades emocionales y cómo las experiencias sociales y culturales influyen en este proceso (Daneshfar & Moharami, 2018).

Una de las ideas clave de la teoría sociocultural es la zona de desarrollo próximo (ZDP), que se refiere a la distancia entre lo que un niño puede hacer de manera independiente y lo que puede hacer con la ayuda de un adulto o un compañero más capaz. En la primera infancia, esta zona es crucial para el desarrollo emocional, ya que las interacciones con los adultos y con otros niños permiten que los pequeños avancen más allá de sus capacidades iniciales, aprendiendo nuevas habilidades emocionales, sociales y cognitivas. En este contexto, los cuidadores y educadores desempeñan un papel fundamental al proporcionar apoyo y orientación, adaptando su nivel de intervención según las necesidades del niño. A medida que el niño recibe este apoyo, su capacidad para manejar sus emociones, resolver conflictos y regular su comportamiento se ve enriquecida.

La internalización es otro concepto central en la teoría de Vygotsky, que describe el proceso por el cual los niños aprenden a manejar sus emociones y pensamientos mediante la interacción social. A través de las interacciones con los adultos y compañeros, los niños internalizan las reglas sociales y emocionales, lo que les permite gestionar sus emociones de manera autónoma a medida que crecen (Zhou, 2024). Por ejemplo, un niño puede aprender a calmarse tras una frustración a través de la imitación de las respuestas emocionales de los adultos que lo rodean, o bien aprendiendo de las conversaciones sobre cómo manejar ciertas situaciones emocionales. Este

proceso es especialmente relevante en la primera infancia, cuando las habilidades para reconocer y gestionar las emociones están en desarrollo.

El lenguaje también juega un papel esencial en el desarrollo emocional, según Vygotsky. Durante la primera infancia, el lenguaje no solo se utiliza para comunicarse, sino también para regular las emociones (Rahmatirad, 2020). A través del lenguaje, los niños aprenden a nombrar sus emociones y a comprender las de los demás, lo que les permite relacionarse de manera más empática y efectiva con su entorno. La capacidad de utilizar el lenguaje para expresar emociones o para calmarse ante una situación estresante es una habilidad que se desarrolla a través de la interacción con los adultos y compañeros, en un proceso continuo de aprendizaje social.

En el contexto de la primera infancia, la teoría sociocultural de Vygotsky resalta cómo el entorno social y cultural en el que el niño crece influye profundamente en su desarrollo emocional. Las expectativas culturales, las normas emocionales y las prácticas de crianza son factores clave que contribuyen a la manera en que los niños entienden y manejan sus emociones. Además, las experiencias compartidas con adultos y compañeros, como el juego, las rutinas diarias y las conversaciones, son fundamentales para el desarrollo de habilidades emocionales como la empatía, la regulación emocional y la resolución de conflictos.

1.4. Neurociencia del desarrollo emocional

Los avances en neurociencia han proporcionado una visión más profunda sobre cómo las estructuras cerebrales y los procesos neurobiológicos son fundamentales en la formación y regulación de las emociones durante la primera infancia. A lo largo de esta etapa, el cerebro infantil experimenta una plasticidad neuronal considerable, lo que significa que las conexiones entre las neuronas son flexibles y se moldean en respuesta a las experiencias y el entorno (Saarni, 2010). Este período de gran plasticidad es crucial para el desarrollo emocional, ya que las interacciones tempranas y las experiencias de apego tienen un impacto significativo en la forma en que el niño percibe, regula y expresa sus emociones.

Una de las principales estructuras cerebrales involucradas en el procesamiento emocional es la amígdala, que se activa ante estímulos emocionales, como el miedo o la excitación (Šimić et al., 2021). Esta estructura es esencial en la detección y respuesta a las amenazas, pero también juega un papel importante en la memoria emocional. Durante los primeros años de vida, la amígdala está en pleno proceso de desarrollo y puede ser especialmente sensible a los

estímulos emocionales del entorno. Si un niño experimenta situaciones de estrés o adversidad, la amígdala puede activarse de manera excesiva, lo que puede llevar a una mayor reactividad emocional y dificultades en la regulación emocional en el futuro

Por otro lado, el hipocampo, otra estructura clave en el cerebro emocional, está implicado en la memoria y la organización de la información contextual. El hipocampo también ayuda a moderar las respuestas emocionales, lo que permite a los niños aprender a reconocer y procesar experiencias emocionales pasadas y anticipar reacciones apropiadas a situaciones similares (Vivero et al., 2007). La interacción temprana entre el hipocampo y la amígdala es fundamental para la regulación emocional (Zhu et al., 2019). Un ambiente seguro y afectuoso facilita el desarrollo saludable de esta interacción, mientras que las experiencias de estrés prolongado o de trauma temprano pueden afectar negativamente la capacidad del niño para manejar y recordar experiencias emocionales.

La corteza prefrontal, una región cerebral involucrada en funciones cognitivas superiores, juega un papel fundamental en la regulación de las emociones a medida que los niños crecen (Alexander et al., 2023). Esta estructura ayuda a inhibir respuestas emocionales impulsivas y a tomar decisiones basadas en el razonamiento, lo que permite a los niños responder de manera más controlada ante estímulos emocionales. Aunque la corteza prefrontal no está completamente desarrollada hasta la adolescencia, su maduración durante la infancia es clave para la regulación emocional a largo plazo. Un niño con un buen desarrollo de esta área cerebral, apoyado por un entorno afectivo positivo, será más capaz de manejar el estrés y las emociones intensas de manera efectiva.

La investigación en neurociencia también ha destacado que el apego temprano tiene un impacto profundo en la formación de los circuitos neuronales que regulan las emociones. La calidad del apego entre el niño y sus cuidadores es crucial para el desarrollo de la capacidad emocional. Los estudios han demostrado que un apego seguro, favorece la creación de circuitos neuronales en áreas como la amígdala y la corteza prefrontal, facilitando una regulación emocional más efectiva y resiliente en el futuro. En contraste, los niños que experimentan un apego inseguro o desorganizado, a menudo asociado con la negligencia o el abuso, pueden desarrollar dificultades en el manejo de sus emociones debido a alteraciones en estas áreas cerebrales (Ulmer-Yaniv et al., 2022).

El estrés tóxico también es un factor relevante en el desarrollo emocional. Cuando los niños están expuestos a situaciones de adversidad prolongada, como la violencia doméstica, la pobreza o la falta de apoyo emocional, el sistema de respuesta al estrés del cerebro se activa de manera crónica. Esta activación prolongada de la amígdala y otros sistemas cerebrales relacionados con el estrés puede alterar la función de la corteza prefrontal y el hipocampo, afectando la capacidad del niño para regular sus emociones y tomar decisiones adecuadas (Magalhães-Barbosa et al. 2022). Las investigaciones han demostrado que la exposición temprana al estrés tóxico puede tener efectos duraderos en la salud emocional y mental de los individuos a lo largo de su vida, aumentando el riesgo de trastornos emocionales, como ansiedad, depresión y problemas de conducta (Ortiz et al., 2022).

Por el contrario, un entorno afectivo positivo y estable, caracterizado por interacciones cálidas y receptivas, favorece el desarrollo de los circuitos cerebrales asociados con la regulación emocional. Las experiencias positivas tempranas ayudan a que el cerebro desarrolle un equilibrio saludable en la respuesta emocional, lo que permite a los niños ser más resilientes ante el estrés y afrontar las dificultades emocionales con mayor eficacia (Bick & Nelson, 2016).

Capítulo 2

Factores que influyen en el desarrollo emocional

El estudio de los factores que impactan el desarrollo emocional de los niños es esencial para comprender cómo se forjan sus habilidades para reconocer, manejar y expresar emociones, así como la manera en que desarrollan la capacidad para formar relaciones saludables y resilientes. A lo largo de este proceso, los niños están expuestos a diversas influencias que, dependiendo de su naturaleza y contexto, pueden dar lugar a trayectorias de desarrollo emocional diversas. Mientras algunos niños experimentan una evolución emocional estable, otros pueden enfrentar desafíos emocionales y conductuales que afectan su bienestar.

En este contexto, resulta imprescindible adoptar una mirada integral que considere al niño como un ser en permanente construcción, cuyo desarrollo emocional está profundamente entrelazado con las dinámicas cotidianas que lo rodean. Asimismo, entender el desarrollo emocional desde una perspectiva amplia posibilita diseñar intervenciones más sensibles y contextualizadas, capaces de potenciar los recursos internos del niño y fortalecer sus capacidades adaptativas.

2.1. Influencia genética y biológica

El desarrollo emocional está influenciado por la carga genética heredada y los procesos biológicos que regulan el funcionamiento del cerebro y del sistema nervioso. Desde el momento de la concepción, los individuos heredan una carga genética que influye en diversos aspectos de su temperamento y emociones (Zwir et al., 2020).

El temperamento se refiere a las diferencias individuales en la reactividad emocional y la capacidad de autorregulación, las cuales están presentes desde el nacimiento y permanecen relativamente estables a lo largo del desarrollo (MacNeill & Pérez-Edgar, 2020). Algunos niños son más propensos a mostrar emociones intensas y tienen mayor dificultad para calmarlas, mientras que otros poseen una mayor capacidad de adaptación a los cambios. Estas diferencias temperamentales influyen en la manera en que los niños responden a los estímulos del entorno y en su facilidad para desarrollar habilidades emocionales.

La genética también tiene un impacto significativo en los rasgos de personalidad y la tendencia a responder de forma específica ante estímulos emocionales, lo que determina cómo una persona percibe y reacciona ante situaciones que generan estrés o satisfacción (Kandler et al., 2021). Según Music (2024), los genes involucrados en la regulación emocional influyen en la sensibilidad emocional, la reactividad ante estímulos y la capacidad de autorregulación. Estas predisposiciones se manifiestan desde la infancia, cuando los bebés muestran una variabilidad en su respuesta emocional ante situaciones cotidianas como la frustración o la recompensa.

Una de las áreas más estudiadas es la relación entre los genes que afectan los neurotransmisores y la regulación emocional. Variaciones en los genes relacionados con la serotonina, la dopamina o la norepinefrina pueden estar asociadas con una mayor predisposición a trastornos emocionales, como la ansiedad o la depresión (Zhylin et al., 2024). De esta forma, la genética establece una base sobre la cual las emociones se manifiestan con mayor o menor intensidad dependiendo de las características inherentes de cada individuo.

Desde una perspectiva biológica, el desarrollo del sistema nervioso central, especialmente el cerebro, influye en la formación de respuestas emocionales (Schore, 2015). En los primeros años de vida, el cerebro infantil experimenta un proceso acelerado de maduración, con un crecimiento significativo de las conexiones neuronales. Áreas como la amígdala, la corteza prefrontal y el

hipocampo intervienen en la identificación, procesamiento y control de las emociones. La amígdala es responsable de la detección de estímulos emocionales, mientras que la corteza prefrontal participa en la regulación de estas respuestas. La maduración progresiva de estas estructuras permite que los niños pasen de una reactividad emocional impulsiva a una mayor capacidad de autorregulación (Alexander et al., 2023; Šimić, 2021).

El sistema endocrino también influye en el desarrollo emocional, ya que las hormonas, como el cortisol y la oxitocina, afectan la respuesta al estrés y la capacidad de establecer vínculos afectivos (Linhare et al., 2024). Niveles elevados de cortisol, asociados al estrés prolongado en la infancia, pueden alterar la regulación emocional y aumentar el riesgo de dificultades emocionales en el futuro. Por otro lado, la oxitocina favorece la conexión emocional con los cuidadores y fortalece los lazos de apego seguro (Carter, 2017).

Si bien la biología establece ciertas predisposiciones en el desarrollo emocional, la interacción con el entorno interviene en la modulación de estas características. Factores como la calidad del apego, la estimulación temprana y las experiencias de socialización pueden fortalecer o mitigar ciertas tendencias biológicas (Thümmler et al., 2022). En este sentido, la plasticidad neuronal permite que, aunque existan predisposiciones genéticas, el desarrollo emocional no sea un destino fijo, sino un proceso influenciado por la crianza y el entorno social.

2.2. Ambiente y experiencias tempranas

A diferencia de los factores genéticos y biológicos, que establecen una base para el desarrollo emocional, el entorno y las interacciones con cuidadores y otros individuos moldean la manera en que estas predisposiciones se expresan y evolucionan.

Desde el nacimiento, los niños dependen de su entorno para satisfacer sus necesidades básicas y emocionales. La calidad del cuidado que reciben, la estabilidad del ambiente y la presencia de figuras afectivas influyen en su capacidad para desarrollar un sentido de seguridad y confianza (Pollak & Gunnar, 2025). Un ambiente en el que se brinda atención sensible y afectuosa permite que los niños aprendan a gestionar sus emociones de manera saludable, mientras que un entorno inestable o negligente puede generar inseguridad y dificultades emocionales (Ani, 2024).

Las experiencias tempranas también incluyen la exposición a modelos emocionales en el entorno familiar y social. Los niños aprenden a identificar y gestionar sus emociones observando cómo los adultos a su alrededor expresan

y regulan las suyas (von Salisch et al., 2022). Padres o cuidadores que manejan sus emociones de forma equilibrada y que validan las emociones del niño promueven un desarrollo emocional saludable. Por el contrario, la exposición a un ambiente caracterizado por conflictos constantes, expresiones de ira descontrolada o represión emocional puede afectar negativamente el desarrollo de la regulación emocional.

Otro factor relevante es la estimulación temprana y las oportunidades de exploración del entorno. Los niños que crecen en ambientes enriquecidos, con interacciones positivas y oportunidades para desarrollar habilidades sociales y emocionales, tienen mayores probabilidades de construir una base emocional sólida (Likhar et al., 2022). Actividades como el juego, la lectura compartida y la conversación fomentan la expresión emocional y la comprensión de los sentimientos propios y ajenos.

Por otro lado, la exposición a situaciones adversas en la infancia, como la violencia familiar, el maltrato o la negligencia, puede tener un impacto negativo en el desarrollo emocional (Bender et al., 2022). El estrés tóxico, generado por experiencias prolongadas de adversidad sin el apoyo de un cuidador protector, altera el funcionamiento del sistema nervioso y endocrino, afectando la regulación emocional y aumentando la vulnerabilidad a dificultades psicológicas en etapas posteriores de la vida (Ortiz et al., 2022).

Sin embargo, el desarrollo emocional no es un proceso rígido o irreversible. La plasticidad cerebral en la infancia permite que, a través de intervenciones adecuadas, los niños puedan desarrollar habilidades emocionales saludables incluso si han experimentado entornos adversos (McDermott et al., 2023).

En conclusión, el ambiente y las experiencias tempranas influyen en la configuración del desarrollo emocional de los niños. La calidad del apego, la estabilidad del entorno, la exposición a modelos emocionales y la estimulación temprana son factores clave en la construcción de una base emocional sólida. Si bien la adversidad puede representar un desafío, el apoyo afectivo y la intervención oportuna pueden promover la resiliencia y favorecer el bienestar emocional a lo largo de la vida.

2.3. Cuidadores y calidad de la crianza

El desarrollo emocional en la primera infancia está profundamente influenciado por la relación que los niños establecen con sus cuidadores primarios. La calidad de la crianza no solo determina la manera en que los niños experimentan y regulan sus emociones, sino que también impacta en su seguridad emocional,

su autoestima y su capacidad para desarrollar relaciones interpersonales saludables (Martín Quintana et al., 2023).

Los cuidadores, especialmente los padres, son las primeras figuras de referencia emocional para los niños. Desde los primeros meses de vida, los bebés dependen de ellos para interpretar y responder a sus necesidades afectivas. Una crianza caracterizada por sensibilidad, afecto y consistencia proporciona un entorno seguro en el que el niño puede explorar el mundo con confianza, favoreciendo un desarrollo emocional equilibrado. En contraste, una crianza negligente, inconsistente o marcada por interacciones negativas puede generar inseguridad y dificultades en la regulación emocional (Oktaviani, 2023).

Uno de los aspectos más importantes en la calidad de la crianza es la capacidad del cuidador para responder de manera sensible a las señales emocionales del niño. La sensibilidad parental implica reconocer y atender las necesidades emocionales del niño de manera oportuna y adecuada. Cuando un bebé llora y su cuidador responde con calma y afecto, el niño aprende a confiar en que sus emociones son válidas y que puede contar con los demás para obtener apoyo. Esta base de confianza es fundamental para el desarrollo de un apego seguro, que a su vez influye en la capacidad futura del niño para establecer relaciones estables y saludables (Rodríguez et al., 2021).

La calidad de la crianza también se refleja en la forma en que los cuidadores modelan la expresión y regulación emocional. Los niños aprenden observando a sus cuidadores; si estos manejan el estrés con calma, expresan sus emociones de manera adecuada y resuelven conflictos de forma constructiva, los niños desarrollarán estrategias similares. En cambio, si los cuidadores responden con gritos, agresión o indiferencia, los niños pueden adoptar patrones de respuesta emocional disfuncionales, como la agresividad, la evitación o la ansiedad.

El estilo de crianza es otro factor clave en el desarrollo emocional. Se ha identificado que una crianza autoritativa, caracterizada por un equilibrio entre afecto y disciplina, favorece el desarrollo de la autonomía emocional y la resiliencia. En cambio, una crianza autoritaria, marcada por normas rígidas y poca calidez emocional, puede generar miedo e inhibición emocional. Por otro lado, una crianza permisiva, en la que los cuidadores evitan poner límites, puede dificultar el desarrollo de la autorregulación emocional y generar problemas de comportamiento (Kang & Guo, 2022).

La interacción entre cuidadores y niños también influye en la capacidad de estos últimos para enfrentar desafíos emocionales. La presencia de un cuidador que

ofrece apoyo y validación emocional permite que el niño desarrolle estrategias de afrontamiento efectivas y confianza en su capacidad para manejar situaciones difíciles. En cambio, la falta de apoyo emocional o la exposición a entornos hostiles pueden aumentar la vulnerabilidad del niño ante el estrés y la ansiedad (Paley & Hajal, 2022).

En situaciones de adversidad, el papel del cuidador se vuelve aún más crucial. Los niños que crecen en contextos de pobreza, violencia o inestabilidad familiar pueden desarrollar resiliencia si cuentan con una figura de apego que les brinde seguridad y apoyo emocional (Diener et al., 2003). La capacidad del cuidador para ofrecer un entorno predecible y afectuoso puede mitigar los efectos negativos del entorno y promover un desarrollo emocional saludable.

2.4. Influencias familiares y calidad del apego

El desarrollo emocional de un niño está profundamente influenciado por el entorno familiar y la calidad del apego que establece con sus cuidadores principales. La familia representa el primer espacio de socialización y aprendizaje emocional, donde el niño adquiere las bases para reconocer, expresar y regular sus emociones (Erickson & Cottingham, 2014). Dentro de este contexto, las relaciones afectivas, la estabilidad del hogar y la dinámica familiar juegan un papel determinante en la construcción de su bienestar emocional.

La calidad del apego se refiere al tipo de vínculo que el niño desarrolla con sus cuidadores, especialmente en los primeros años de vida. Este apego se forma a partir de la consistencia, sensibilidad y disponibilidad emocional de los padres o figuras de cuidado. Cuando un niño recibe atención oportuna y afectuosa ante sus necesidades emocionales, desarrolla un apego seguro, lo que le proporciona confianza en sí mismo y en los demás (Van Der Voort et al., 2014).

En contraste, un apego inseguro surge cuando las respuestas de los cuidadores son inconsistentes, negligentes o impredecibles. Dependiendo del tipo de interacción, el niño puede desarrollar diferentes formas de apego inseguro. En el apego ansioso-ambivalente, el niño experimenta angustia ante la separación y muestra dificultades para calmarse incluso cuando el cuidador regresa, reflejando la inconsistencia en la respuesta parental. En el apego evitativo, el niño aprende a reprimir sus emociones y a evitar el contacto con los cuidadores, ya que ha experimentado rechazo o indiferencia ante sus necesidades emocionales. En el apego desorganizado, el niño presenta respuestas contradictorias y desorientadas debido a interacciones con cuidadores que han sido fuentes de miedo o estrés (Ainsworth et al., 2015).

Las influencias familiares también abarcan la dinámica relacional dentro del hogar. Un ambiente familiar caracterizado por la armonía, la comunicación abierta y el apoyo emocional favorece el desarrollo de la seguridad emocional en los niños. En estos entornos, los niños aprenden a manejar sus emociones de manera saludable, a resolver conflictos de forma constructiva y a desarrollar empatía hacia los demás. En cambio, familias donde predominan la hostilidad, la falta de comunicación o los conflictos constantes pueden generar inseguridad emocional y dificultades en la regulación de las emociones (Leerkes & Bailes, 2019).

Además de la relación con los padres, la presencia de otros miembros de la familia, como hermanos, abuelos u otros cuidadores, también influye en el desarrollo emocional. La interacción con estos familiares puede proporcionar modelos adicionales de regulación emocional y apoyo afectivo. En familias extensas y cohesionadas, los niños pueden encontrar múltiples fuentes de seguridad y afecto, lo que refuerza su desarrollo emocional positivo. Sin embargo, en familias con relaciones disfuncionales o ausencia de figuras afectivas estables, los niños pueden experimentar dificultades emocionales y conductuales ((Paley & Hajal, 2022).

La estabilidad del hogar es otro factor clave en la calidad del apego y el bienestar emocional infantil. Cambios constantes en el entorno familiar, como mudanzas frecuentes, separación de los padres o situaciones de violencia doméstica, pueden generar inseguridad y estrés en los niños. La incertidumbre y la inestabilidad afectan su capacidad para desarrollar un sentido de seguridad emocional, lo que puede influir en su comportamiento, su capacidad de concentración y su bienestar general (Apostu Ghita et al., 2024).

A pesar de la importancia del apego temprano, es posible modificar patrones de apego inseguros a lo largo del tiempo. A través de experiencias de cuidado positivo, intervenciones emocionales y relaciones significativas con adultos de apoyo, los niños pueden desarrollar nuevas estrategias para regular sus emociones y fortalecer su seguridad emocional (Opie et al., 2021).

2.5. Prácticas de crianza

Las prácticas de crianza median en el desarrollo emocional de los niños, ya que, a través de ellas, los niños aprenden a gestionar sus emociones, establecer relaciones y desarrollar su sentido de seguridad y autoestima. Estas prácticas incluyen las estrategias que los cuidadores utilizan para guiar el comportamiento infantil, fomentar la regulación emocional y proporcionar un entorno afectivo y estable.

Uno de los aspectos más importantes de la crianza es el establecimiento de una relación de apego seguro entre el niño y sus cuidadores. Como ya se ha mencionado, esto se logra mediante la sensibilidad y la respuesta consistente a las necesidades emocionales del niño. Cuando un niño recibe consuelo y apoyo en momentos de angustia, desarrolla una base de confianza que le permite explorar su entorno con seguridad y aprender a manejar sus emociones de manera efectiva.

El establecimiento de límites y normas claras también es una práctica fundamental en la crianza, contribuye al desarrollo emocional en la primera infancia al brindar a los niños una sensación de estructura y seguridad (Möller et al., 2017). La disciplina positiva, que se basa en la orientación y el refuerzo de comportamientos adecuados en lugar de castigos severos, ayuda a los niños a comprender las consecuencias de sus acciones sin generar miedo o resentimiento (Yamaoka & Bard, 2019).

El uso del refuerzo positivo en la crianza también es una práctica efectiva para promover el desarrollo emocional (Hardy & McLeod, 2020). Elogiar los logros del niño, reconocer sus esfuerzos y brindarle apoyo cuando enfrenta dificultades fortalece su autoestima y fomenta una actitud resiliente. Un niño que recibe validación y apoyo de sus cuidadores desarrolla una autoimagen positiva y una mayor confianza en sus capacidades.

Las prácticas de crianza también deben incluir la promoción de la autonomía emocional. Permitir que los niños tomen decisiones acordes a su edad, expresen sus emociones libremente y aprendan a resolver problemas por sí mismos les ayuda a desarrollar independencia y habilidades para enfrentar los desafíos de la vida (Ferreira et al., 2024). La sobreprotección, en cambio, puede generar inseguridad y dificultades para la autorregulación emocional, ya que el niño no desarrolla la confianza necesaria para gestionar sus propias emociones y problemas (Vesterling & von Düring, 2025).

Además, las prácticas de crianza deben adaptarse a las necesidades individuales de cada niño. No todos los niños responden de la misma manera a las mismas estrategias, por lo que los cuidadores deben ser flexibles y estar atentos a las características y temperamento de cada niño. Un enfoque personalizado y basado en la comprensión de las emociones infantiles permite establecer una relación más cercana y efectiva entre el cuidador y el niño.

En conclusión, las prácticas de crianza influyen directamente en el desarrollo emocional de los niños y en su capacidad para regular sus emociones, establecer relaciones saludables y desarrollar una identidad segura. La

sensibilidad, la disciplina positiva, el refuerzo positivo, el modelado y la promoción de la autonomía emocional son estrategias esenciales para fomentar un desarrollo emocional equilibrado. Un entorno familiar estable y afectuoso, junto con prácticas de crianza adaptadas a las necesidades individuales del niño, proporciona las bases para un desarrollo emocional saludable y una vida afectiva plena.

2.6. Impacto de la cultura y el contexto social

El desarrollo emocional de los niños está profundamente influenciado por la cultura y el contexto social en el que crecen. En algunas culturas, la expresión emocional abierta es valorada y fomentada, mientras que en otras se promueve la moderación y el autocontrol (Yang & Wang, 2019). Por ejemplo, en sociedades colectivistas, como las asiáticas o latinoamericanas, se enfatiza la armonía grupal y la regulación emocional para evitar conflictos, mientras que, en culturas individualistas, como la estadounidense o europea, se promueve la expresión emocional como un signo de autenticidad y autonomía. Estas diferencias pueden influir en cómo los niños aprenden a manejar sus emociones y en sus expectativas sobre las relaciones interpersonales.

El contexto social es determinante en el desarrollo emocional. Factores como la estabilidad económica, el acceso a la educación, la seguridad del entorno y la presencia de redes de apoyo afectan la forma en que los niños experimentan y manejan sus emociones (Saarni, 2008). En comunidades con altos niveles de estrés social, violencia o pobreza, los niños pueden estar expuestos a situaciones que generan ansiedad e inseguridad, lo que impacta en su capacidad para regular sus emociones y desarrollar relaciones saludables.

La educación y el sistema escolar reflejan y refuerzan las normas culturales sobre el desarrollo emocional. Algunas sociedades integran la educación emocional en el currículo escolar, promoviendo el aprendizaje de habilidades socioemocionales desde edades tempranas, mientras que, en otros contextos, el énfasis en el rendimiento académico puede dejar en segundo plano el desarrollo emocional (Blewitt et al., 2018). Los valores y prácticas que se transmiten en la escuela influyen en la forma en que los niños entienden sus emociones y las de los demás, así como en su capacidad para manejar situaciones sociales complejas.

Las creencias religiosas y filosóficas también pueden afectar el desarrollo emocional infantil. Algunas tradiciones enfatizan la compasión, el autocontrol y la introspección como valores fundamentales en la crianza, mientras que otras pueden promover la obediencia o el respeto a la autoridad como aspectos clave

en la regulación emocional (Łowicki & Zajenkowski, 2017). Estas diferencias influyen en la manera en que los niños perciben sus emociones, las interpretan y las expresan en su entorno social.

El papel de la comunidad y las redes de apoyo social es otro factor clave. La interacción con familiares extendidos, vecinos y otros miembros de la comunidad proporciona oportunidades para que los niños aprendan a regular sus emociones en diferentes contextos. En sociedades donde las redes de apoyo son sólidas, los niños pueden beneficiarse de múltiples figuras de referencia que les brindan seguridad emocional y refuerzan valores como la empatía y la cooperación. En cambio, en entornos con menor cohesión social, los niños pueden enfrentar mayores desafíos para desarrollar habilidades emocionales sólidas.

Los cambios socioculturales también impactan en el desarrollo emocional. La globalización, el avance tecnológico y la transformación de los roles familiares han modificado las dinámicas de crianza y la socialización emocional de los niños (Mintz, 2019). La exposición a diversas influencias culturales a través de los medios de comunicación y las redes sociales puede generar nuevas formas de expresión y comprensión emocional, pero también puede presentar desafíos, como la comparación social, la sobreestimulación emocional y la disminución del contacto interpersonal directo (Paramita et al., 2023).

En conclusión, la cultura y el contexto social influyen significativamente en el desarrollo emocional infantil, moldeando la forma en que los niños expresan, regulan y entienden sus emociones. Las normas culturales, el entorno socioeconómico, la educación, las creencias religiosas y las redes de apoyo juegan un papel clave en este proceso. Comprender estas influencias permite desarrollar enfoques de crianza y educación que respeten la diversidad cultural y promuevan el bienestar emocional en diferentes contextos sociales.

Capítulo 3

Hitos del desarrollo emocional en la primera infancia

Durante los primeros años de vida, los niños atraviesan una serie de transformaciones que configuran las bases de su vida afectiva y social. Estos cambios siguen una secuencia que, aunque puede variar entre individuos, refleja patrones relativamente predecibles y compartidos.

Identificar estos hitos permite describir con mayor precisión cómo se va organizando el mundo interno del niño, y cómo sus respuestas afectivas se van ajustando a las demandas del entorno. También ofrece elementos útiles para interpretar ciertas conductas desde una perspectiva evolutiva, en lugar de considerarlas únicamente como expresiones problemáticas o inapropiadas.

Este capítulo presenta los principales momentos que marcan el desarrollo emocional en la primera infancia. A lo largo del recorrido se abordarán las expresiones emocionales tempranas, la consolidación de la vinculación afectiva con figuras significativas, el surgimiento de la empatía y la adquisición progresiva de habilidades de autorregulación emocional. Asimismo, se analizará cómo las experiencias relacionales —especialmente aquellas vinculadas al cuidado primario— actúan como facilitadores o inhibidores del desarrollo emocional. Esta revisión constituye una herramienta tanto para profesionales del área psicológica, educativa y de la salud, como para cuidadores interesados en acompañar de forma informada y sensible el proceso de maduración emocional infantil.

3.1. Desarrollo emocional en bebés (0-12 meses)

Desde el nacimiento, los bebés son capaces de expresar emociones básicas, aunque estas manifestaciones suelen ser más físicas que verbales. Las emociones primarias, como el miedo, la ira, la sorpresa, el asco, la tristeza y la alegría, pueden observarse en los recién nacidos a través de sus expresiones faciales, llanto, y gestos corporales. Por ejemplo, el llanto es la primera forma de comunicación emocional que utilizan los bebés para expresar incomodidad, hambre o malestar (George, A. H., & George, A. S., 2023).

A medida que el bebé crece, las expresiones emocionales se vuelven más complejas. Alrededor de los tres meses, comienzan a sonreír como respuesta a estímulos sociales, como las caras de sus cuidadores, lo que indica el inicio del reconocimiento de emociones en otros (Löchner & Schuller, 2023). A los seis meses, los bebés pueden mostrar señales de miedo, como la repulsión o el llanto al encontrarse con extraños, lo que es una manifestación de la emoción básica del miedo, asociada al reconocimiento de lo familiar y lo desconocido (Braungart-Rieker et al., 2010).

El reconocimiento de emociones también comienza a desarrollarse durante este período. Los bebés de seis meses en adelante pueden responder de manera diferenciada ante las expresiones faciales de los adultos, especialmente en contextos sociales (Soussignan et al., 2018). Esta capacidad de leer las expresiones emocionales de los demás es crucial para el desarrollo de habilidades sociales y empáticas en etapas posteriores de la infancia.

3.1.1. Vínculo de apego y su impacto en la seguridad emocional

El apego en los primeros meses de vida es uno de los pilares del desarrollo emocional. Desde el nacimiento, los bebés están biológicamente predispuestos para formar vínculos emocionales con sus cuidadores, especialmente con aquellos que satisfacen sus necesidades físicas y emocionales (Music, 2024). Este vínculo de apego es fundamental para el bienestar emocional del niño, ya que proporciona la base sobre la que se construye su sentido de seguridad.

Los primeros vínculos afectivos establecen lo que se denomina "base segura" (Ye et al., 2024). Cuando un bebé se siente seguro y protegido por su cuidador, está más dispuesto a explorar su entorno y a interactuar con otras personas. Si el vínculo de apego es fuerte y consistente, el bebé desarrolla una mayor confianza en sí mismo y en los demás, lo que le permite manejar mejor el estrés y las frustraciones.

El tipo de apego que se desarrolla en los primeros meses puede influir en la forma en que el niño se relacionará con los demás en su futuro.

3.1.2. Primeras interacciones con cuidadores.

Las primeras interacciones entre los bebés y sus cuidadores son fundamentales para el desarrollo emocional. Desde los primeros días de vida, los bebés comienzan a interactuar con sus cuidadores mediante señales no verbales, como el contacto visual, el llanto y las sonrisas. Estas interacciones tempranas, aunque simples, son la base para el aprendizaje social y emocional del niño.

A medida que los bebés crecen, las interacciones con los cuidadores se vuelven más complejas. Alrededor de los tres meses, los bebés comienzan a imitar las expresiones faciales y los sonidos que hacen los adultos, lo que marca el inicio de la comunicación emocional bidireccional (Buckley, 2012). Las respuestas emocionales y afectivas de los cuidadores, como sonrisas, caricias o palabras suaves, juegan un papel fundamental en la regulación emocional del bebé.

Además, las interacciones con los cuidadores contribuyen a la construcción del concepto de sí mismo y de los demás. Las respuestas afectivas de los adultos enseñan al bebé sobre la confianza y el consuelo, mientras que la interacción social les ayuda a aprender sobre las emociones y las expectativas sociales (Cekaite & Kvist Holm, 2017). A través de la comunicación no verbal, el bebé empieza a comprender cómo las emociones se expresan y cómo deben ser manejadas en diferentes situaciones sociales.

3.2. Desarrollo emocional en niños pequeños (1-3 años)

El desarrollo emocional en los niños pequeños, entre 1 y 3 años, representa una fase crucial en su crecimiento, ya que durante este periodo comienzan a experimentar y gestionar emociones más complejas, establecen conexiones más profundas con las personas que los rodean y desarrollan habilidades que les permiten interactuar de manera más efectiva con su entorno social. La capacidad para regular sus emociones, reconocer las emociones de los demás, y manejar situaciones frustrantes comienza a ser una parte significativa de su desarrollo emocional durante estos años.

3.2.1. Regulación emocional temprana.

A los 12-18 meses, los niños pequeños empiezan a desarrollar sus primeras estrategias de autorregulación, aunque suelen ser limitadas (Mohr et al., 2019). Por ejemplo, pueden recurrir a comportamientos como buscar consuelo en sus cuidadores cuando están molestos, o tratar de distraerse con juguetes o actividades. La intervención y el apoyo de los cuidadores son fundamentales en

esta etapa para ayudar a los niños a aprender formas efectivas de calmarse y manejar sus emociones. A medida que se acercan a los dos años, los niños comienzan a entender y responder a las señales de los adultos que les indican cómo deberían comportarse en ciertas situaciones, como cuando deben dejar de llorar o calmarse después de una situación emocionalmente desafiante (Kanamaru & Muto, 2004).

A medida que se acercan a los tres años, los niños pueden empezar a controlar ciertas emociones como el enojo o la tristeza en situaciones más calmadas, por ejemplo, mostrando señales de autoconsuelo, como frotarse las manos o hablar consigo mismos para calmarse. Sin embargo, la capacidad de autorregulación sigue en desarrollo y requiere el apoyo continuo de los cuidadores para afianzar estas habilidades (Zimmermann & Stansbury, 2003).

3.2.2. Empatía y el reconocimiento de emociones en otros

Durante este período, los niños pequeños comienzan a desarrollar una mayor conciencia de sí mismos y de los demás, lo que les permite iniciar el proceso de empatía. La empatía es la capacidad de comprender y compartir las emociones de otra persona, y su desarrollo comienza alrededor del segundo año de vida. En esta etapa, los niños pequeños empiezan a reconocer que otras personas pueden sentirse de manera diferente a ellos y que sus acciones pueden afectar las emociones de los demás (Nergaard, 2019).

Un hito clave en el desarrollo de la empatía es cuando el niño empieza a mostrar preocupación por el sufrimiento de los demás, por ejemplo, cuando ve a un compañero de juego llorar y se acerca para consolarlo o mostrar interés en lo que sucede. Sin embargo, esta forma de empatía en los primeros años es más reactiva que reflexiva, ya que los niños pequeños tienden a responder a las emociones de los demás de manera instintiva, sin una comprensión profunda del porqué de esas emociones.

Además, los niños pequeños comienzan a ser más conscientes de las expresiones faciales y los gestos emocionales en los demás. Pueden mostrar signos de reconocer cuando alguien está triste, enojado o contento, y responden a estas señales de manera básica, como imitar la expresión facial o reaccionar a la emoción de la otra persona. Aunque no tienen una comprensión completamente desarrollada de las emociones ajenas, el proceso de identificar y responder a las emociones de otros es un paso fundamental en el camino hacia el desarrollo de la empatía (Bayet, 2018).

3.2.3. Manejo de la frustración y primeras rabietas

La frustración es una emoción que aparece de manera prominente en la vida de los niños pequeños a medida que empiezan a desarrollar una mayor independencia y comprensión de sus deseos y limitaciones. En esta etapa, los niños son más conscientes de lo que quieren, pero aún no tienen las habilidades para obtener lo que desean de manera eficiente. Como resultado, las rabietas y otras formas de frustración se vuelven comunes entre los 18 meses y los 3 años.

Las rabietas suelen ser una respuesta emocional intensa que los niños pequeños utilizan cuando no pueden manejar la frustración (Einon & Potegal, 2013). Estas rabietas pueden incluir llanto, gritos, pataletas y, a veces, comportamientos agresivos. A medida que los niños se acercan a los 2 años, sus habilidades cognitivas comienzan a madurar, lo que les permite comprender que las cosas no siempre suceden de inmediato, pero su capacidad para esperar y manejar la frustración sigue siendo limitada. La impulsividad es alta, por lo que las rabietas son una forma en que los niños expresan su descontento cuando no pueden obtener lo que desean.

El manejo de la frustración y las rabietas es una parte clave del desarrollo emocional en esta etapa. Los niños aprenden, con el tiempo, a manejar estas situaciones con el apoyo de sus cuidadores, al proporcionarles consuelo, establecer límites claros y enseñar formas más adaptativas de manejar las emociones (Deichmann & Ahnert, 2021). El refuerzo positivo por parte de los adultos cuando los niños manejan la frustración de manera apropiada puede ser útil para fomentar la autorregulación emocional.

3.3. Desarrollo emocional en preescolares (3-6 años)

El periodo de los 3 a los 6 años es una etapa crítica en el desarrollo emocional de los niños, ya que es cuando comienzan a dominar una mayor comprensión de sus emociones, a formar relaciones más complejas con los demás y a desarrollar habilidades que les permitirán enfrentar las situaciones emocionales de manera más efectiva. Durante estos años, los preescolares comienzan a experimentar una mayor autonomía emocional, social y cognitiva, lo que les permite interactuar de formas más profundas y sofisticadas en su entorno social.

3.3.1. Desarrollo de la autoconciencia emocional

A lo largo del período de preescolar, los niños comienzan a reconocer que tienen emociones específicas y que estas emociones pueden influir en su comportamiento. A esta edad, los niños ya son capaces de etiquetar una

variedad de emociones, y comienzan a comprender que las emociones pueden ser cambiantes, dependiendo de las situaciones y de sus experiencias (Grosse et al., 2021).

A los tres años, los niños empiezan a hablar de sus emociones con mayor claridad, expresando cosas como "estoy enojado" o "me siento feliz". Aunque aún están en las primeras etapas de la autocomprensión emocional, su capacidad para reconocer la conexión entre sus pensamientos y emociones comienza a desarrollarse (Seland et al., 2015). A medida que se acercan a los cinco años, la autoconciencia emocional se vuelve más sofisticada, ya que los niños pueden empezar a hacer conexiones entre cómo sus emociones afectan su comportamiento y las reacciones de los demás (Rochat, 2003). Esto les permite empezar a tener un mayor control sobre cómo expresan sus emociones, lo que es fundamental para el desarrollo de habilidades sociales.

Además, la autoconciencia emocional permite a los preescolares comprender mejor sus propios deseos y necesidades, lo cual es crucial para la gestión de las relaciones interpersonales y el desarrollo de la empatía (Alwaely et al., 2021). Este crecimiento en la autocomprensión también favorece la aparición de un sentido más firme de identidad emocional, que influye en la forma en que los niños manejan sus interacciones sociales.

3.3.2. Habilidades sociales emergentes

Durante la etapa preescolar, los niños comienzan a formar relaciones de amistad más complejas y estables. Estas relaciones van más allá de la simple proximidad física, ya que los niños empiezan a compartir intereses, juegos y actividades con otros. La capacidad para cooperar, compartir, turnarse y trabajar juntos en tareas o juegos es una habilidad social importante que emerge durante esta etapa (Khusnidakhon, 2021). La cooperación se convierte en un aspecto central de la vida social de los preescolares, ya que pueden trabajar juntos para lograr objetivos comunes, como construir una torre de bloques o jugar un juego simbólico en grupo.

El desarrollo de la amistad también es un hito importante, ya que los niños preescolares empiezan a formar lazos emocionales con otros niños basados en intereses comunes, afecto y apoyo mutuo. A través de estas relaciones, los niños experimentan un sentido de pertenencia y aprenden a dar y recibir afecto, lo que fortalece su bienestar emocional (Alwaely et al., 2021).

La resolución de conflictos es otro aspecto relevante del desarrollo emocional en esta etapa. Los preescolares, a medida que se enfrentan a conflictos interpersonales más frecuentes, comienzan a aprender cómo manejar las

disputas de manera más eficaz. Aunque todavía son propensos a expresar sus emociones de manera impulsiva, como en los casos de rabietas o peleas, a medida que maduran, los niños desarrollan estrategias más efectivas para resolver desacuerdos (Cao et al., 2023). Esto puede incluir pedir disculpas, compartir, negociar o buscar la ayuda de un adulto para mediar. Aunque las habilidades de resolución de conflictos no están completamente desarrolladas a esta edad, los preescolares comienzan a internalizar formas de manejar las tensiones y de interactuar de manera más armoniosa con los demás.

3.3.3. Regulación emocional y estrategias de afrontamiento

A medida que los preescolares avanzan en su desarrollo, sus habilidades de regulación emocional se vuelven más sofisticadas. A esta edad, los niños ya son capaces de utilizar una variedad de estrategias para manejar sus emociones intensas, como el enojo o la frustración (Parsafar et al., 2019). La regulación emocional no solo implica controlar las emociones, sino también gestionarlas de manera saludable y adaptativa en respuesta a situaciones difíciles.

Por ejemplo, un niño de 4 años puede empezar a utilizar el autoconsuelo para calmarse después de una situación estresante, como abrazar a su peluche o pedir a un adulto que lo ayude a relajarse. Los niños también empiezan a entender que no siempre pueden obtener lo que quieren de inmediato, por lo que desarrollan estrategias para afrontar la frustración, como la distracción, el uso de palabras para expresar lo que sienten, o el intento de buscar una solución en lugar de recurrir a conductas más disruptivas, como el llanto o el gritar (Cole, 2009).

Además, los preescolares comienzan a comprender que sus emociones pueden influir en las personas que los rodean, lo que les permite usar estrategias de regulación emocional que no solo benefician su propio bienestar, sino también el de los demás (Zaporozhets, 2020). Por ejemplo, un niño de 5 años puede aprender a respirar profundamente para calmarse antes de un evento que le cause ansiedad, como una visita al médico o una actividad nueva en la escuela.

En resumen, durante el período de 3 a 6 años, los niños experimentan un desarrollo significativo en sus habilidades emocionales. Se vuelven más conscientes de sus emociones, aprenden a manejar situaciones sociales más complejas como la cooperación y la resolución de conflictos, y comienzan a utilizar estrategias avanzadas de regulación emocional y afrontamiento. Estos avances preparan el terreno para su desarrollo emocional y social en etapas posteriores, proporcionando una base sólida para la formación de relaciones saludables y una gestión emocional efectiva.

Capítulo 4

Evaluación del desarrollo emocional

Observar cómo se expresa y evoluciona la vida emocional en la infancia es una tarea compleja, ya que este aspecto del desarrollo no siempre se manifiesta de forma directa o verbal. A diferencia de otros procesos que pueden medirse con relativa precisión, el desarrollo emocional implica dimensiones subjetivas, contextuales y relacionales que requieren enfoques de evaluación cuidadosos y adaptados a las características de la infancia temprana.

Evaluar este proceso no significa reducirlo a una serie de indicadores, sino más bien atender a patrones, comportamientos y formas de interacción que, en su conjunto, ofrecen indicios sobre el estado emocional del niño y su trayectoria evolutiva. Esta observación adquiere sentido en relación con el entorno en el que el niño se desenvuelve, sus experiencias previas y las formas en que responde ante distintas situaciones sociales y afectivas.

La evaluación del desarrollo emocional, por tanto, no se limita a una técnica o instrumento. Implica una mirada comprensiva que considere tanto lo que el niño expresa como lo que aún no logra comunicar. Esta aproximación requiere sensibilidad, formación y una comprensión amplia del contexto, especialmente cuando se trata de tomar decisiones que puedan impactar su bienestar y su desarrollo posterior.

4.1. Instrumentos y métodos de evaluación

El proceso de evaluación del desarrollo emocional en la primera infancia se basa en una combinación de enfoques cualitativos y cuantitativos. Cada uno de estos métodos tiene su propio valor, dependiendo de la edad del niño, el objetivo de la evaluación y el contexto en el que se lleva a cabo. A continuación, se detallan algunos de los métodos más comunes:

4.1.1. Observación del comportamiento

La observación directa del comportamiento y las expresiones emocionales es uno de los métodos más utilizados para evaluar el desarrollo emocional en niños pequeños. Este enfoque permite a los evaluadores obtener una visión del comportamiento emocional del niño en su entorno habitual, ya sea en el hogar, en la escuela o en un contexto clínico (Johnson et al., 2016).

La observación se centra en identificar las respuestas emocionales del niño ante diferentes situaciones, tales como interacciones sociales, frustraciones, o cambios en el entorno. Los profesionales que realizan la observación toman nota de las expresiones faciales, el tono de voz, el lenguaje corporal y las respuestas conductuales, lo que permite deducir el tipo de emoción experimentada (por ejemplo, miedo, tristeza, alegría, enojo) y cómo el niño maneja esa emoción (Li & Lopez, 2005).

Una parte importante de esta observación es la evaluación de la regulación emocional, es decir, cómo el niño gestiona sus emociones intensas (como la ira o la tristeza) en diferentes contextos. Por ejemplo, se puede observar si el niño comienza a gritar o a golpear a otros cuando se siente frustrado o si es capaz de calmarse por sí mismo o pedir ayuda de manera adecuada.

La observación también permite captar los patrones emocionales a lo largo del tiempo, lo que facilita la identificación de cualquier dificultad persistente, como la incapacidad para manejar la frustración o la tendencia a la inhibición emocional.

4.1.2. Entrevistas y escalas de evaluación

Las entrevistas con los padres, cuidadores y educadores son una fuente de información sobre el desarrollo emocional de los niños. Dado que los cuidadores son quienes pasan más tiempo con los niños, pueden proporcionar una visión integral sobre cómo se manifiestan las emociones en diferentes contextos y momentos del día.

Las entrevistas pueden estructurarse de manera abierta o guiada, dependiendo del objetivo de la evaluación. Durante estas entrevistas, se les pregunta a los adultos sobre las reacciones emocionales del niño en diversas situaciones, sus habilidades para regular emociones, su capacidad para formar relaciones sociales y cualquier incidente significativo relacionado con el bienestar emocional del niño. Las entrevistas también pueden abordar preocupaciones sobre el comportamiento emocional, como ansiedad excesiva, agresividad o falta de empatía (Kimonis et al., 2023).

Además de las entrevistas, existen diversas escalas de evaluación estandarizadas que permiten a los padres y educadores valorar el desarrollo emocional del niño (Pontoppidan et al., 2017). Estas escalas incluyen cuestionarios que evalúan el comportamiento emocional en áreas como la regulación emocional, la socialización, el apego y las habilidades de afrontamiento. Algunos ejemplos de escalas utilizadas en este tipo de evaluaciones son la Escala de Manifestación Emocional Infantil (Li & Lopez, 2005).

Estos instrumentos proporcionan datos cuantitativos que pueden compararse con los estándares de desarrollo típicos, facilitando la identificación de posibles retrasos o dificultades emocionales.

4.1.3. Pruebas psicológicas específicas

Las pruebas psicológicas estandarizadas se utilizan para evaluar el desarrollo emocional de los niños en la primera infancia, especialmente cuando se sospecha que puede haber un trastorno emocional o un retraso en el desarrollo. A pesar de que muchas pruebas se desarrollan para niños mayores o adultos, existen instrumentos específicamente diseñados para evaluar el desarrollo emocional de los más pequeños.

Una de las pruebas más conocidas es la Escala de Evaluación del Comportamiento Infantil, que cubre una amplia gama de comportamientos emocionales y conductuales, incluyendo áreas como la ansiedad, la depresión, la agresividad y la hiperactividad (Ladd et al., 2009). Esta prueba se utiliza principalmente con niños de 1 a 5 años y proporciona un perfil detallado sobre los aspectos emocionales y comportamentales del niño, lo que permite identificar posibles problemas que necesiten intervención.

Las pruebas psicológicas estandarizadas pueden incluir observación directa del niño en situaciones controladas, pero también pueden involucrar la recopilación de información de los padres o cuidadores, lo que proporciona una

visión más completa del comportamiento emocional del niño en diferentes contextos (Kamphaus et al., 2014).

4.2. Indicadores de un desarrollo emocional saludable

El desarrollo emocional saludable en la primera infancia es fundamental para el bienestar general del niño y su capacidad para enfrentar desafíos en su vida futura. Un desarrollo emocional adecuado proporciona a los niños las herramientas necesarias para formar relaciones saludables, regular sus emociones de manera efectiva y navegar por el mundo social de forma positiva. A continuación, se detallan algunos de los indicadores clave que señalan un desarrollo emocional saludable.

4.2.1. Seguridad en el apego

Uno de los indicadores más importantes de un desarrollo emocional saludable es la seguridad en el apego. Cuando un niño tiene un apego seguro, se siente confiado en que sus necesidades emocionales serán atendidas, lo que le permite sentirse seguro para explorar su entorno. Esto se observa en la disposición del niño a acercarse a sus cuidadores en busca de consuelo cuando se siente inseguro, ansioso o asustado. Los niños con un apego seguro también suelen mostrar una mayor capacidad para calmarse después de experimentar angustia, ya que confían en la capacidad de sus cuidadores para brindarles apoyo (Cooke et al., 2019).

El apego seguro también influye en la autoestima del niño. Un niño que experimenta un apego saludable desarrollará una imagen positiva de sí mismo, sintiendo que es digno de amor y cuidado, lo que facilita su desarrollo emocional y social a largo plazo (Özyürek & Çetin, 2022).

4.2.2. Capacidad de expresar y regular emociones

Otro indicador clave de un desarrollo emocional saludable es la capacidad del niño para expresar y regular sus emociones de manera adecuada. A medida que los niños crecen, es importante que puedan identificar y nombrar sus emociones, así como comprender qué las desencadena. Esto les permite tener una mayor conciencia de sí mismos y estar mejor preparados para manejar las situaciones emocionales que enfrentan.

Un niño con un desarrollo emocional saludable será capaz de expresar sus emociones de manera apropiada, ya sea verbalizando lo que siente o utilizando gestos y expresiones faciales para comunicar sus estados emocionales. La regulación emocional, que es la capacidad de manejar las emociones de manera adecuada a la situación, también es fundamental. Los niños que tienen

habilidades de regulación emocional son capaces de calmarse después de sentirse enojados o tristes, sin recurrir a comportamientos destructivos o impulsivos, como los berrinches o la agresión (Gagnon & Monties, 2023).

La regulación emocional también incluye la capacidad de aplazar la gratificación y lidiar con la frustración de manera constructiva, lo que ayuda a los niños a adaptarse mejor a las exigencias sociales y académicas a medida que crecen (Yan & Li, 2025).

4.2.3. Interacciones sociales positivas.

Las interacciones sociales positivas son otro signo de un desarrollo emocional saludable. A medida que los niños comienzan a relacionarse con otros, la calidad de estas interacciones juega un papel fundamental en su desarrollo emocional. Un niño con un desarrollo emocional saludable será capaz de formar relaciones afectivas con sus compañeros, compartir, cooperar y resolver conflictos de manera adecuada.

Estas interacciones positivas se observan cuando un niño muestra empatía hacia los demás, comprende y responde a las emociones de los otros, y se comporta de manera respetuosa y cooperativa en situaciones sociales. Los niños que interactúan de manera positiva con sus compañeros desarrollan habilidades sociales clave, como la capacidad para negociar, compartir recursos y establecer amistades (Ladd & Sechler, 2013).

4.3. Señales de alerta y trastornos del desarrollo emocional

Aunque la mayoría de los niños experimentan un desarrollo emocional saludable durante los primeros años de vida, existen algunas señales de alerta que pueden indicar problemas en este proceso. Estos trastornos pueden interferir con la capacidad del niño para gestionar sus emociones y relacionarse con los demás, lo que puede tener efectos a largo plazo en su bienestar emocional, social y cognitivo. Es importante identificar estas señales tempranas para proporcionar intervenciones adecuadas que ayuden a los niños a superar estos desafíos emocionales.

4.3.1. Ansiedad por separación extrema

La ansiedad por separación es una respuesta emocional natural en los niños pequeños, especialmente entre los 6 meses y los 3 años, cuando desarrollan un vínculo más fuerte con sus cuidadores. Sin embargo, en algunos casos, esta ansiedad puede volverse excesiva, interfiriendo con la capacidad del niño para separarse de sus padres o cuidadores, incluso en situaciones cotidianas como ir a la escuela o quedarse con un familiar (Behmanesh et al., 2023).

Cuando la ansiedad por separación es extrema, el niño puede mostrar síntomas físicos, como dolores de estómago, dolores de cabeza, vómitos o llanto inconsolable, así como comportamientos de evitación, como negarse a ir al preescolar o aferrarse a sus cuidadores. Esta ansiedad puede estar acompañada de miedos irracionales, como el temor a la oscuridad o a estar solo, y puede durar más tiempo de lo esperado para la edad del niño (Falahzade et al., 2024).

En casos graves, esta ansiedad puede afectar las interacciones sociales y las actividades diarias del niño, lo que impide su desarrollo emocional adecuado. La ansiedad por separación extrema puede estar relacionada con factores como un apego inseguro, experiencias traumáticas o una predisposición genética a los trastornos de ansiedad.

4.3.2. Dificultades en la regulación emocional

La regulación emocional es una habilidad crucial que permite a los niños gestionar sus emociones intensas y adaptarse a diferentes situaciones sociales. Sin embargo, algunos niños tienen dificultades para regular sus emociones, lo que se manifiesta en una incapacidad para calmarse en momentos de frustración, enojo o tristeza (Asmussen et al., 2022).

Los niños que presentan problemas en la regulación emocional pueden tener berrinches frecuentes, crisis emocionales intensas que son difíciles de manejar, o reacciones desproporcionadas ante pequeños inconvenientes. Estos niños pueden mostrar una falta de control sobre sus emociones, reaccionando de manera impulsiva o agresiva ante situaciones estresantes, como la negativa de un amigo a compartir o una pequeña corrección por parte de un adulto (Moehler et al., 2022).

Además de las reacciones emocionales desbordadas, la falta de regulación emocional también puede afectar la capacidad del niño para manejar la frustración, lo que puede conducir a una mayor irritabilidad y comportamientos desafiantes. En algunos casos, estos niños pueden tener dificultades para adaptarse a nuevas situaciones, como cambios en la rutina, y pueden experimentar altos niveles de estrés, ansiedad o incluso síntomas depresivos (Camacho, et al., 2019).

Las dificultades en la regulación emocional pueden estar relacionadas con factores genéticos, experiencias tempranas de estrés o trauma, o un ambiente familiar que no brinda las herramientas adecuadas para que el niño aprenda a manejar sus emociones de manera saludable (Asmussen et al., 2022).

En conclusión, comprender el desarrollo emocional en la primera infancia implica mucho más que aplicar herramientas diagnósticas o identificar síntomas; es un proceso que requiere sensibilidad para reconocer la complejidad del mundo interno del niño. Evaluar este aspecto del desarrollo significa acercarse a sus formas de sentir, de vincularse y de adaptarse a un entorno en constante transformación. Cada método empleado, desde la observación directa hasta las pruebas estandarizadas, ofrece una pieza del rompecabezas emocional que configura la infancia. Pero más allá de los datos, lo fundamental es interpretar estas señales dentro del contexto singular de cada niño, con una mirada que articule el conocimiento técnico con la comprensión empática. Promover un desarrollo emocional saludable no solo previene dificultades futuras: es también una forma de cuidar la humanidad que se gesta en cada vínculo, en cada expresión, en cada emoción que el niño comienza a conocer y nombrar.

Capítulo 5

Estrategias y prácticas para fomentar el desarrollo emocional

Durante los primeros años de vida, el desarrollo emocional se configura a partir de múltiples experiencias cotidianas que se dan en el marco de la interacción con otros. Las emociones se expresan, se aprenden, se modulan y se vinculan con las expectativas sociales, las normas culturales y los modos de relación que predominan en el entorno del niño. Por esta razón, las formas en que se acoge se interpretan y se responde a las expresiones emocionales infantiles tienen consecuencias acumulativas.

El desarrollo emocional, en este sentido, no se limita a un proceso interno, sino que se construye también a partir de lo que el entorno permite, facilita o restringe. Las estrategias utilizadas por los adultos no requieren necesariamente de intervenciones complejas, pero sí de coherencia, disponibilidad y conocimiento sobre las características emocionales propias de esta etapa. La calidad del acompañamiento adulto influye en la seguridad emocional, en la confianza para explorar el mundo y en la manera en que el niño responde ante situaciones nuevas o desafiantes.

Este capítulo examina diversas prácticas orientadas a fortalecer el desarrollo emocional desde un enfoque cotidiano, aplicable en contextos familiares, escolares y comunitarios. La revisión no se centra únicamente en técnicas, sino en formas de relación y acompañamiento que contribuyen al bienestar afectivo en la primera infancia.

5.1. El papel de la familia en el desarrollo emocional

La forma en que los padres y cuidadores responden a las necesidades emocionales de los niños, la manera en que comunican las emociones y las estrategias que emplean para enseñarles a manejar sus sentimientos son determinantes en la construcción de una base emocional. La familia no solo provee el apoyo necesario para el desarrollo emocional, sino que también influye en la forma en que los niños se relacionan con los demás y manejan las emociones a lo largo de su vida.

En este sentido, los estilos de crianza, definidos por la combinación de exigencia y apoyo que los padres ofrecen a sus hijos, juegan un rol crucial en la capacidad de los niños para regular sus emociones. Existen varios estilos de crianza que pueden influir de diferentes maneras en el desarrollo emocional:

Crianza autoritaria: se caracteriza por altas expectativas y demandas de obediencia sin mucha flexibilidad ni diálogo. Los niños criados bajo este estilo pueden tener dificultades para regular sus emociones, ya que no se les brinda suficiente espacio para expresar sus sentimientos o aprender a gestionarlos. A menudo, estos niños desarrollan comportamientos impulsivos o agresivos, ya que no aprenden estrategias de regulación emocional (Sukumaran & Balakrishna, 2021).

Crianza permisiva: los padres permisivos son indulgentes y evitan establecer límites firmes. Aunque este estilo fomenta la expresión emocional, puede dificultar que los niños aprendan a manejar la frustración y los límites emocionales. Los niños pueden tener dificultades para controlar sus impulsos y regular sus emociones de manera efectiva (Oktaviani et al., 2023).

Crianza autoritativa: este es el estilo de crianza más equilibrado, donde los padres proporcionan apoyo, afecto y, al mismo tiempo, establecen reglas claras y consistentes. Los niños criados bajo este estilo desarrollan una mayor capacidad para regular sus emociones, ya que los padres les enseñan a manejar sus sentimientos de manera adecuada mediante el modelado, la empatía y la comunicación abierta (Sukumaran & Balakrishna, 2021).

Un estilo de crianza autoritativo es especialmente eficaz en la promoción de la regulación emocional, ya que se enfoca en el equilibrio entre la afectividad y la disciplina, permitiendo a los niños comprender y gestionar sus emociones de manera saludable (Febiyanti & Rachmawati, 2021).

5.1.1. Comunicación afectiva y validación emocional

Los niños necesitan sentirse escuchados y comprendidos para poder reconocer, nombrar y procesar sus emociones. La validación emocional implica reconocer y aceptar los sentimientos del niño, sin juzgarlos ni minimizar su importancia (Fatria & Juwita, 2024).

Los padres y cuidadores pueden practicar la validación emocional mediante frases como *“entiendo que te sientes triste por no poder jugar más”* o *“es normal estar enojado cuando algo no sale como esperabas”*. Al validar las emociones del niño, los cuidadores ayudan a los niños a sentirse seguros al expresar sus sentimientos y a comprender que sus emociones son naturales y legítimas.

La falta de validación emocional, en cambio, puede llevar a los niños a desarrollar dificultades en la regulación emocional, a evitar expresar sus sentimientos o a sentir vergüenza por lo que sienten (Suryana & Latifa, 2023). Este tipo de comunicación también es clave para fortalecer la relación de confianza y seguridad entre el niño y el cuidador, lo que favorece el desarrollo de un apego seguro.

5.1.2. Estrategias para fortalecer el apego seguro

Los niños que experimentan un apego seguro con sus cuidadores son más propensos a desarrollar habilidades sociales y emocionales sólidas y a manejar el estrés de manera efectiva. Existen varias estrategias que los padres pueden emplear para fortalecer el apego seguro:

Respuestas consistentes y sensibles: los padres deben ser receptivos a las señales emocionales de sus hijos, respondiendo de manera adecuada a sus necesidades físicas y emocionales. Esto implica consolar a los niños cuando están angustiados, estar presentes durante sus momentos de alegría o tristeza, y brindarles apoyo constante.

Establecimiento de rutinas: las rutinas proporcionan un sentido de seguridad y previsibilidad, lo cual es esencial para que los niños se sientan tranquilos y comprendan que pueden confiar en sus cuidadores. Establecer horarios regulares para las comidas, el baño y la hora de dormir puede contribuir a un apego más seguro.

Fomentar la interacción positiva: los momentos de juego y la interacción afectiva durante las actividades diarias son esenciales para fortalecer el apego. El contacto físico, como abrazos, caricias y juegos de imitación promueven la conexión emocional y favorecen el desarrollo del vínculo afectivo.

Proporcionar un entorno emocionalmente seguro: los niños necesitan sentir que su entorno es seguro tanto física como emocionalmente. Esto implica ofrecer un ambiente estable, predecible y libre de amenazas, lo que facilita la confianza en el cuidador y en las relaciones con los demás.

5.1.3. Estrategias educativas y psicoeducativas

Las estrategias educativas y psicoeducativas también son herramientas esenciales para fomentar el desarrollo emocional en los niños. Estas estrategias pueden incluir enfoques formales e informales que promuevan la conciencia emocional, la regulación de las emociones y las habilidades sociales.

Psicoeducación emocional: la enseñanza explícita sobre las emociones, como la identificación de las emociones básicas (felicidad, tristeza, enojo, miedo) y la comprensión de sus causas y efectos, ayuda a los niños a desarrollar una mayor conciencia emocional. Actividades como el uso de libros sobre emociones o juegos de roles pueden ser útiles para enseñar a los niños a nombrar y manejar sus sentimientos.

Técnicas de regulación emocional: los padres y educadores pueden enseñar a los niños técnicas sencillas de regulación emocional, como la respiración profunda, la relajación muscular o el uso de palabras para expresar lo que sienten. Estas herramientas ayudan a los niños a gestionar sus emociones de manera efectiva, lo que promueve su bienestar emocional a largo plazo.

Promoción de habilidades sociales: las habilidades sociales, como compartir, esperar turnos, hacer amigos y resolver conflictos, son esenciales para el desarrollo emocional de los niños. Los educadores y padres pueden proporcionar oportunidades para que los niños practiquen estas habilidades en un entorno seguro, reforzando los comportamientos prosociales con elogios y apoyo.

5.2. Juegos y actividades para la expresión emocional

A través del juego, los niños pueden explorar, comprender y expresar sus emociones de una forma natural, sin sentirse presionados. Las actividades diseñadas para fomentar la expresión emocional permiten que los niños aprendan a reconocer sus sentimientos y los de los demás, promoviendo el desarrollo de la autoconciencia emocional, la regulación emocional y la empatía (Landreth & Homeyer, 2021). En este contexto, los juegos también brindan la oportunidad de fortalecer la relación entre los niños y sus cuidadores o educadores. Algunas actividades que favorecen la enseñanza de habilidades socioemocionales en preescolar incluyen:

Juegos de roles: estos juegos permiten a los niños representar situaciones cotidianas y practicar cómo manejar diferentes emociones. Por ejemplo, un juego en el que se representen situaciones como "ir al médico" o "un cumpleaños" permite a los niños explorar cómo reaccionar ante emociones como el miedo, la sorpresa o la felicidad. También pueden practicar habilidades como la empatía, la cooperación y la resolución de conflictos a través de la imitación de roles sociales.

Juegos de mesa cooperativos: juegos como "La oca emocional" o "Jenga emocional", en los que los niños tienen que compartir, tomar turnos y resolver problemas juntos, fomentan el desarrollo de habilidades sociales. Además, en estos juegos se pueden introducir cartas o situaciones que impliquen expresar emociones o resolver conflictos, ayudando a los niños a comprender cómo manejar sus sentimientos y los de los demás.

Cuentos interactivos: leer libros sobre emociones y hacer preguntas a los niños sobre cómo se sienten los personajes ayuda a mejorar su capacidad para identificar y nombrar emociones. Después de la lectura, los niños pueden ser invitados a expresar cómo hubieran reaccionado en una situación similar. Esta actividad fomenta la empatía y la comprensión de los diferentes estados emocionales.

Actividades de resolución de problemas: proponer a los niños desafíos simples en los que tengan que colaborar para encontrar soluciones, como armar un rompecabezas o completar una tarea grupal, les permite aprender a trabajar en equipo, compartir responsabilidades y manejar posibles frustraciones. Estas actividades enseñan a los niños a regular sus emociones mientras interactúan con otros.

5.3. Mindfulness y técnicas de relajación para niños pequeños

El mindfulness y las técnicas de relajación son herramientas poderosas para ayudar a los niños pequeños a desarrollar habilidades de autorregulación emocional y reducir el estrés. A través de la práctica de mindfulness, los niños aprenden a estar presentes en el momento, a ser conscientes de sus pensamientos, emociones y sensaciones físicas, y a manejar las emociones difíciles de una manera más calmada y equilibrada.

Mindfulness para niños: la práctica de mindfulness en niños pequeños se puede introducir de manera sencilla y divertida. Actividades como "escuchar el sonido de la campanita", donde los niños se concentran en escuchar el sonido de una campana o timbre hasta que desaparezca, son una forma fácil de enseñarles a concentrarse en el presente. También se pueden usar juegos en los que los

niños tienen que identificar diferentes sonidos o sensaciones físicas, como el tacto de una tela o el aroma de una flor, lo que les ayuda a desarrollar la atención plena y a estar más conectados con su cuerpo y emociones.

Respiración profunda: enseñar a los niños a respirar profundamente es una de las formas más efectivas de ayudarles a relajarse y a manejar sus emociones. Se puede usar el juego de "inflar una pelota" o "hacer la flor", en el que los niños inhalen profundamente como si estuvieran oliendo una flor y luego exhalen lentamente como si estuvieran apagando una vela. Esta técnica es útil para calmar a los niños cuando se sienten agitados, ansiosos o molestos.

Ejercicios de relajación muscular: los ejercicios de relajación muscular progresiva pueden ayudar a los niños a liberar la tensión acumulada en su cuerpo. Este tipo de ejercicio consiste en guiar a los niños para que tensen y luego relajen diferentes partes de su cuerpo, como las manos, los brazos, la cara o los pies. A medida que el niño practica este ejercicio, aprende a reconocer las señales de tensión y a liberar esa energía de manera consciente.

Visualización guiada: los niños pequeños pueden beneficiarse de técnicas de visualización donde se les invita a imaginar un lugar tranquilo y agradable, como un jardín o una playa, y explorar con su mente cómo se sienten en ese lugar. Esta práctica les ayuda a reducir el estrés y a fomentar la calma interior.

El mindfulness y las técnicas de relajación proporcionan a los niños herramientas para gestionar el estrés, mejorar la concentración y manejar las emociones de manera efectiva. Estas prácticas les enseñan a estar más en sintonía con su mundo interior y exterior, lo que favorece su bienestar emocional y su capacidad para enfrentarse a situaciones emocionales difíciles con mayor resiliencia.

5.4. Intervenciones en caso de dificultades emocionales

Las dificultades emocionales en la infancia pueden manifestarse de diferentes maneras, como ansiedad, frustración, inseguridad o problemas en la regulación emocional. Estas dificultades no solo afectan el bienestar del niño, sino que también pueden influir negativamente en su desarrollo social y cognitivo (Moehler et al., 2022). Por lo tanto, es esencial implementar intervenciones apropiadas que ayuden a los niños a superar estas dificultades y a desarrollar habilidades emocionales que les permitan enfrentar los desafíos de manera saludable. A continuación, se presentan diversas estrategias e intervenciones útiles en casos de dificultades emocionales en la primera infancia.

5.4.1. Programas de educación emocional

Los programas de educación emocional están diseñados para enseñar a los niños a identificar, comprender y gestionar sus emociones de manera efectiva. Estos programas proporcionan a los niños las herramientas necesarias para desarrollar una salud emocional y para prevenir problemas emocionales futuros.

Un programa de educación emocional se centra en varios componentes, según Durlak et al. (2022):

Autoconocimiento emocional: enseñar a los niños a identificar y nombrar sus emociones es uno de los primeros pasos en un programa de educación emocional. A través de actividades como juegos, cuentos o representaciones visuales (tarjetas con expresiones faciales), los niños pueden aprender a reconocer diferentes emociones como la alegría, tristeza, miedo, enojo, sorpresa, entre otras.

Regulación emocional: los programas deben incluir estrategias para ayudar a los niños a manejar sus emociones, especialmente las emociones difíciles. Esto puede incluir técnicas de relajación, respiración profunda, o ejercicios de mindfulness, como se mencionó anteriormente. Además, se pueden enseñar métodos para la resolución de conflictos y el control de impulsos, como pausas antes de actuar o estrategias para calmarse cuando están enfadados.

Empatía y habilidades sociales: los programas de educación emocional también deben fomentar el desarrollo de la empatía. Esto se logra ayudando a los niños a entender las emociones de los demás, promoviendo el juego cooperativo, y enseñándoles a resolver conflictos de manera constructiva. A través de juegos de roles o discusiones sobre situaciones cotidianas, los niños pueden aprender a ponerse en el lugar de los demás y a mejorar sus interacciones sociales.

Estos programas son más efectivos cuando se aplican en un ambiente que involucra tanto a educadores como a padres, asegurando que las estrategias de regulación emocional se refuercen tanto en el hogar como en la escuela.

5.4.2. Estrategias para abordar la ansiedad y la frustración

La ansiedad y la frustración son emociones comunes en los niños pequeños, especialmente cuando se enfrentan a situaciones nuevas, desafíos, o dificultades para obtener lo que desean. Estas emociones pueden ser particularmente difíciles de manejar si no se les proporciona un apoyo adecuado.

Algunas estrategias eficaces para abordar la ansiedad y la frustración en niños son:

Técnicas de relajación: enseñar a los niños a usar técnicas como la respiración profunda o la relajación muscular progresiva puede ser útil para reducir los niveles de ansiedad. Al ayudar a los niños a reconocer cuándo se sienten ansiosos y ofrecerles herramientas para calmarse, se les da un sentido de control sobre sus emociones. Técnicas simples como imaginar un lugar tranquilo o respirar profundamente pueden ser muy efectivas.

Establecimiento de expectativas claras: la ansiedad puede surgir cuando los niños no entienden qué se espera de ellos o cuando las situaciones son impredecibles. Establecer rutinas diarias claras y expectativas concretas en el hogar y en la escuela ayuda a los niños a sentirse más seguros y reduce la ansiedad. Esto incluye, por ejemplo, hablar de lo que va a suceder en el día y preparar a los niños para los cambios.

Técnicas de afrontamiento para la frustración: los niños pequeños a menudo experimentan frustración cuando no logran algo de inmediato o cuando se sienten incapaces de controlar una situación. Ayudarles a identificar y expresar su frustración, dándoles opciones para solucionar el problema de manera constructiva, les enseña a enfrentar los desafíos con resiliencia. Las actividades que fomentan la perseverancia, como construir algo con bloques o realizar tareas simples en las que tengan que intentar varias veces, pueden fortalecer esta habilidad.

Validación emocional: es crucial que los niños se sientan comprendidos y validados en sus emociones. Cuando un niño se siente frustrado o ansioso, es importante que los adultos reconozcan esos sentimientos y ofrezcan consuelo sin minimizar la emoción del niño. Expresar frases como "entiendo que estás frustrado" o "es normal sentirse así cuando no se consigue lo que quieres" ayuda a los niños a normalizar sus emociones y a aprender a manejarlas.

5.4.3. Trabajo con padres y educadores

El trabajo colaborativo entre padres y educadores es clave para la promoción del bienestar emocional de los niños. Ambos deben estar alineados en cuanto a las estrategias y enfoques que se usan para apoyar el desarrollo emocional de los niños, de manera que se refuercen mutuamente las habilidades y se garantice un entorno consistente y de apoyo.

Algunas estrategias para trabajar con padres y educadores incluyen:

Psicoeducación para padres y educadores: brindar a los padres y educadores información sobre el desarrollo emocional infantil y las mejores prácticas para apoyar a los niños en la gestión de sus emociones es fundamental. Esto puede incluir talleres o reuniones donde se les enseñe a reconocer las emociones de los niños, cómo validar esas emociones y cómo modelar comportamientos emocionales positivos.

Colaboración en el establecimiento de rutinas y límites: es importante que los padres y educadores trabajen juntos para establecer rutinas diarias consistentes que proporcionen seguridad a los niños. Además, deben ser coherentes en cuanto a los límites y las expectativas. Por ejemplo, si un niño aprende en la escuela a manejar la frustración mediante la respiración profunda, es útil que los padres utilicen la misma estrategia en casa para reforzar la enseñanza.

Fomento de la comunicación abierta: los padres y educadores deben estar en constante comunicación sobre el bienestar emocional del niño. Esto incluye compartir observaciones sobre cómo el niño maneja las emociones en casa y en la escuela, así como discutir cualquier cambio en el comportamiento que pueda indicar problemas emocionales. Un enfoque colaborativo ayuda a garantizar que el niño reciba el apoyo adecuado en todos los contextos.

Apoyo emocional para los padres: los padres también pueden experimentar dificultades emocionales al lidiar con las conductas desafiantes de sus hijos. Es importante que los educadores ofrezcan apoyo a los padres, ayudándoles a comprender sus propios sentimientos y brindándoles estrategias para manejar las emociones que surgen en la crianza. Programas de apoyo y recursos para padres, como grupos de padres o asesoramiento familiar, pueden ser de gran ayuda.

Capítulo 6

Aplicaciones en diferentes contextos

El desarrollo emocional en la primera infancia se configura a través de múltiples entornos en los que los niños interactúan cotidianamente. Cada uno de estos contextos ofrece oportunidades particulares para fomentar habilidades emocionales, facilitar aprendizajes afectivos y promover relaciones que contribuyan a su bienestar integral. Por ello, comprender cómo se expresa y se apoya el desarrollo emocional en distintos escenarios es indispensable para diseñar intervenciones efectivas y acompañamientos sensibles que respondan a las necesidades de cada niño.

Este capítulo aborda la manera en que los distintos entornos —desde el núcleo familiar hasta los espacios escolares y comunitarios— inciden en la formación emocional durante los primeros años de vida. Asimismo, se reconoce el papel activo que cumplen los adultos responsables, tanto en el hogar como en instituciones educativas y sociales, en la creación de ambientes seguros, estables y emocionalmente nutritivos. En este marco, se propone una mirada articulada entre los diversos actores que acompañan a la infancia, promoviendo acciones que refuercen los avances emocionales logrados en cada uno de los espacios en los que el niño se desenvuelve.

6.1. Desarrollo emocional en el hogar

El entorno familiar constituye el primer espacio en el que los niños adquieren habilidades emocionales. A través de las interacciones cotidianas con sus cuidadores, los niños comienzan a desarrollar la capacidad de reconocer, expresar y regular sus emociones, así como a establecer vínculos afectivos que influyen en su desarrollo socioemocional. Un ambiente predecible y emocionalmente receptivo contribuye significativamente a la consolidación de estos aprendizajes. En este apartado se presentan algunos aspectos del entorno familiar que inciden en el desarrollo emocional durante la primera infancia.

6.1.1. Rutinas y hábitos que favorecen la seguridad emocional

Las rutinas familiares desempeñan una función importante en la creación de un ambiente estable que favorece la seguridad emocional de los niños. La organización temporal de las actividades diarias permite que los niños anticipen lo que ocurrirá, lo cual puede contribuir a reducir la incertidumbre y facilitar la autorregulación emocional. La repetición de ciertos patrones cotidianos promueve la internalización de un orden que los niños pueden reconocer y en el cual pueden apoyarse para comprender su entorno (Baker et al., 2019). Algunos de los aspectos de las rutinas familiares que favorecen la seguridad y el desarrollo emocionales saludable de los niños son:

Establecimiento de rutinas diarias: la consistencia en las rutinas diarias, como las horas de comida, descanso, y actividades, genera un ambiente predecible que les proporciona seguridad emocional a los niños. Las rutinas les proporcionan una estructura temporal que les permite entender qué esperar en cada momento del día, lo que reduce la ansiedad y fomenta la autorregulación emocional. Un ejemplo claro de esto es la rutina nocturna, que, al incluir actividades como el baño, la lectura de cuentos o canciones de cuna puede ayudar a los niños a relajarse y sentirse seguros antes de dormir. Al establecer horarios fijos para actividades cotidianas, los niños pueden internalizar la sensación de que, independientemente de las circunstancias externas, hay aspectos de su día a día que permanecen constantes (Hoyniak et al., 2021).

Tiempo de calidad en familia: el tiempo dedicado a actividades familiares también tiene un impacto profundo en la seguridad emocional de los niños. Las interacciones de calidad, como jugar juntos, leer historias o simplemente pasar tiempo en compañía de los miembros de la familia, fortalecen los lazos afectivos y ofrecen a los niños un sentimiento de ser valorados y escuchados. Estas experiencias enriquecen el entorno emocional del hogar, permitiendo que los niños se sientan conectados y apoyados en su desarrollo emocional. A través de

estos momentos de interacción genuina, los niños desarrollan un sentido de pertenencia y aprenden a confiar en su entorno familiar, lo que fortalece su autoestima y los prepara para enfrentar desafíos emocionales en el futuro (Schiemer & Schiemer, 2017).

Expresión de afecto y apoyo emocional: las interacciones afectivas, como los abrazos, caricias, palabras de aliento y validación emocional son vitales para el desarrollo emocional. Estas manifestaciones no son únicamente muestras de cariño momentáneo, sino formas concretas de comunicación emocional que transmiten aceptación, validación y seguridad. Los niños que experimentan un contacto físico positivo y escuchan palabras de apoyo por parte de sus cuidadores aprenden a confiar en sí mismos y en los demás. El afecto constante y la disponibilidad emocional de los cuidadores les da a los niños un sentido de pertenencia y les ayuda a regular sus emociones de manera más efectiva (Williams et al., 2018).

Establecimiento de normas claras y consistentes: la claridad en las expectativas y límites en el hogar es esencial para que los niños se sientan emocionalmente seguros. Los niños necesitan saber lo que se espera de ellos, qué comportamientos son apropiados y cuáles no, y cuáles serán las consecuencias de sus acciones. Establecer normas claras y consistentes proporciona una estructura que les ayuda a sentirse más seguros, ya que saben que sus cuidadores son previsibles y justos en sus respuestas. Sin embargo, es igualmente importante que estas normas sean flexibles y se adapten a las necesidades y características individuales del niño. Este enfoque les ayuda a comprender la relación entre sus acciones y las emociones de los demás, lo que favorece el desarrollo de la autoconciencia emocional (Eijgenraam, 2020).

Fomento de la autonomía dentro de un marco seguro: además de las rutinas y normas, fomentar la autonomía dentro de un marco seguro también juega un papel importante en la seguridad emocional. Cuando los niños tienen la oportunidad de tomar decisiones dentro de un entorno estructurado, desarrollan un sentido de control sobre su vida y una mayor confianza en sus capacidades. Esto incluye actividades como elegir su ropa, decidir qué juegos jugar o colaborar en las tareas domésticas. Este tipo de autonomía no solo les da una sensación de poder, sino que también refuerza su autoestima y les permite gestionar sus emociones de manera más efectiva (Rolfe, 2020). Un entorno que equilibre la autonomía con el apoyo constante de los cuidadores fomenta la independencia emocional sin que los niños se sientan desprotegidos o inseguros.

6.1.2. Manejo de conflictos familiares desde un enfoque emocional

Los conflictos familiares son una parte natural de la dinámica familiar, pero la forma en que se manejan puede tener un impacto significativo en el desarrollo emocional de los niños. Los niños aprenden de los adultos a través de la observación y la imitación de comportamientos. Por lo tanto, la manera en que los padres y otros cuidadores gestionan sus propias emociones y las interacciones conflictivas puede modelar cómo los niños manejan sus propios conflictos emocionales en el futuro.

Los padres deben ser modelos a seguir en la gestión de conflictos. Mostrar cómo se puede manejar un desacuerdo de manera calmada y respetuosa enseña a los niños a resolver problemas de manera efectiva. Esto incluye escuchar activamente, expresar los propios sentimientos sin agresividad, y buscar soluciones que beneficien a todos los involucrados. Los niños que ven a sus padres resolver disputas de manera constructiva desarrollan habilidades similares para gestionar conflictos con los demás (Siregar & Sit, 2024).

Un enfoque emocionalmente saludable para resolver conflictos familiares implica enseñar a los niños a comprender los sentimientos de los demás. Cuando se presenta un conflicto, es importante que los adultos se aseguren de que todos los miembros de la familia, incluidos los niños, expresen cómo se sienten y sean escuchados (Spinrad et al., 2022). De esta manera, los niños aprenden a reconocer las emociones de los demás y a desarrollar empatía, lo que les permite manejar los conflictos de manera más comprensiva y menos reactiva.

Los conflictos pueden generar emociones intensas, pero es fundamental que los adultos mantengan la calma para que el niño no se sienta abrumado por la situación. Si un niño observa que los padres pueden discutir de manera tranquila y razonable, aprenderá a mantener la calma durante sus propias frustraciones (Franchino-Olsen et al., 2025). Las estrategias de autorregulación, como respirar profundamente o tomar un tiempo para reflexionar antes de responder, pueden ser útiles durante los conflictos.

En el caso de conflictos graves o cuando las emociones están fuera de control, es esencial intervenir de manera positiva. Esto incluye la intervención para calmar a todos los involucrados, especialmente a los niños, y luego explicar el conflicto y las emociones involucradas de una manera que el niño pueda entender. También es importante fomentar la reflexión sobre lo ocurrido, ayudando a los niños a comprender la importancia de las emociones y a aprender de la situación para mejorar en el futuro.

Durante los conflictos, los niños necesitan sentirse protegidos y saber que están en un entorno seguro a pesar de las tensiones. Reafirmarles que los adultos están disponibles para apoyarles, incluso si las discusiones se intensifican, proporciona un marco de seguridad emocional que ayuda a los niños a manejar mejor sus propios sentimientos de miedo o inseguridad (Paley & Hajal, 2022).

6.2. Desarrollo emocional en la escuela y centros de cuidado infantil

La escuela y los centros de cuidado infantil son entornos en los que los niños no solo adquieren conocimientos académicos, sino que también desarrollan importantes habilidades emocionales y sociales. Estos espacios proporcionan oportunidades para que los niños aprendan a regular sus emociones, interactúen con sus compañeros y enfrenten desafíos de manera adaptativa. A continuación, se abordan dos aspectos esenciales para fomentar el desarrollo emocional en estos contextos:

6.2.1. Ambiente educativo y autorregulación emocional

El ambiente educativo tiene un impacto directo en la capacidad de los niños para autorregular sus emociones. Un entorno positivo y emocionalmente seguro promueve la autorregulación, lo que a su vez favorece el aprendizaje y las interacciones sociales saludables (Martinez & Gomez, 2024). En este sentido, el ambiente educativo debe ser tanto físicamente seguro como emocionalmente nutritivo.

Es importante que la organización del aula en los centros de cuidado infantil promueva la seguridad emocional de los niños. Un espacio ordenado, predecible y tranquilo ayuda a los niños a sentirse cómodos y protegidos. La estructura también es importante para la autorregulación emocional, ya que los niños tienden a sentirse más seguros cuando saben lo que se espera de ellos y tienen rutinas claras a seguir (García-Peinado, 2023).

Otro aspecto relevante es la oportunidad de que los niños tomen decisiones dentro de límites establecidos. Esto les permite sentirse competentes y responsables de sus emociones y comportamientos (Jolivet et al., 2002). Promover la autonomía en tareas cotidianas, como elegir actividades o gestionar pequeños desafíos dentro del aula, puede fortalecer la autorregulación emocional. Además, les da confianza en su capacidad para manejar sus emociones en diferentes situaciones.

El desarrollo emocional de los niños también se ve favorecido cuando el entorno educativo está marcado por la calidez, el apoyo y la comprensión. Los educadores que brindan atención y apoyo emocional genuino crean un espacio

en el que los niños se sienten valorados y comprendidos, lo que refuerza su capacidad para gestionar las emociones. Esto incluye escuchar activamente a los niños, validando sus sentimientos y mostrándoles empatía (Connors-Burrow et al., 2017).

El contacto con compañeros es otro elemento esencial para que los niños aprendan a gestionar sus emociones. El entorno escolar debe proporcionar oportunidades para que los niños interactúen de manera respetuosa y cooperativa, lo que les permite practicar la resolución de conflictos, el intercambio de emociones y la construcción de relaciones afectivas (Svinth, 2013). Estas experiencias de interacción social ayudan a los niños a comprender y regular mejor sus propias emociones.

6.2.2. Estrategias para educadores

Los educadores desempeñan un rol importante en la regulación emocional de los niños. Además de ser modelos de conducta emocional, los maestros pueden implementar estrategias efectivas para ayudar a los niños a manejar sus emociones en el aula.

Enseñanza de habilidades emocionales: una de las estrategias más efectivas es enseñar a los niños a reconocer y nombrar sus emociones. Los educadores pueden incorporar actividades que ayuden a los niños a identificar cómo se sienten, tanto a nivel individual como grupal. El uso de tarjetas de emociones, juegos de roles o libros que aborden temas emocionales son herramientas útiles para enseñar a los niños a identificar y expresar sus sentimientos. A medida que los niños desarrollan estas habilidades, mejoran su capacidad para regular sus emociones.

Uso de técnicas de autorregulación emocional: los educadores pueden enseñar a los niños técnicas sencillas para calmarse y regular sus emociones, como la respiración profunda, la visualización, o el "tiempo de descanso" en un espacio tranquilo. Estas estrategias son particularmente útiles cuando los niños se sienten abrumados por sus emociones o tienen dificultades para controlar impulsos. El uso de estas técnicas les proporciona herramientas para enfrentarse a situaciones estresantes o frustrantes de manera autónoma.

Refuerzo positivo y modelado emocional: los educadores deben ser conscientes de la importancia de modelar una autorregulación emocional adecuada. Al mostrar cómo manejan sus propias emociones en situaciones de estrés o conflicto, los educadores pueden enseñar a los niños cómo enfrentar sus emociones de manera efectiva. Además, el refuerzo positivo ante comportamientos de regulación emocional apropiada, como expresar

sentimientos de manera respetuosa o tomar un tiempo para calmarse antes de reaccionar, refuerza las habilidades emocionales de los niños.

Intervención en situaciones emocionales intensas: es fundamental que los educadores intervengan rápidamente cuando los niños experimenten emociones intensas, como la ira, la frustración o el miedo. En estos casos, el educador debe ofrecer un espacio seguro para que el niño se calme, antes de intentar resolver el problema. Durante la intervención, es importante validar los sentimientos del niño ("Entiendo que estés enojado porque...") y proporcionar apoyo emocional antes de intentar abordar el comportamiento en sí.

Creación de una cultura de respeto y empatía: los educadores pueden fomentar una cultura de empatía y respeto dentro del aula. Esto implica no solo enseñar a los niños a ser amables y respetuosos con los demás, sino también alentar la expresión abierta de emociones y la consideración de los sentimientos ajenos. Incluir actividades que promuevan la cooperación y el trabajo en equipo, como juegos cooperativos o proyectos grupales, también ayuda a fortalecer estas habilidades emocionales.

Estrategias de resolución de conflictos: los conflictos entre niños son inevitables, pero pueden convertirse en una valiosa oportunidad de aprendizaje. Los educadores deben enseñar a los niños a resolver disputas de manera pacífica, guiándolos en el proceso de identificar el problema, expresar sus emociones de manera apropiada, y buscar una solución que sea justa para todos. Enseñar a los niños a negociar y comprometerse no solo mejora su capacidad para manejar conflictos emocionales, sino que también fortalece su capacidad para establecer relaciones saludables con sus compañeros.

6.3. Rol de la comunidad en la promoción del desarrollo emocional

El desarrollo emocional de los niños no depende únicamente de su entorno inmediato, como el hogar o la escuela, sino que también está profundamente influenciado por la comunidad en la que crecen. La comunidad, entendida como el conjunto de redes sociales, instituciones y políticas que interactúan con los niños y sus familias, desempeña un papel crucial en la promoción de un desarrollo emocional saludable (González Fernández-Larrea et al., 2021). Las políticas públicas, los programas de apoyo y las redes de apoyo para las familias y los profesionales son elementos esenciales que pueden crear un entorno favorable para el bienestar emocional de los niños.

6.1.1. Políticas públicas y programas de apoyo

Las políticas públicas que se centran en la primera infancia tienen un impacto directo en la calidad de las experiencias emocionales de los niños. Cuando los gobiernos implementan políticas orientadas a la atención integral de los niños pequeños, se asegura que tengan acceso a recursos y servicios que promuevan su bienestar emocional. Los programas de apoyo a la primera infancia juegan un papel clave en la creación de un entorno que favorezca tanto el desarrollo emocional como el social y cognitivo de los niños.

Acceso a servicios de salud y apoyo psicológico: los programas que proporcionan atención psicológica temprana y servicios de salud mental para niños y familias son fundamentales para la promoción del desarrollo emocional. Esto incluye la capacitación de profesionales de la salud y la educación para identificar y abordar problemas emocionales desde las primeras etapas de la vida, como el estrés, la ansiedad o las dificultades en el apego.

Educación y formación a padres y cuidadores: los programas de apoyo a la familia deben centrarse en la capacitación de los padres y cuidadores en temas clave como la crianza positiva, la regulación emocional, y la creación de un ambiente seguro y afectivo en el hogar. Las políticas que ofrecen talleres de formación y recursos educativos para las familias pueden mejorar significativamente la capacidad de los padres para promover el desarrollo emocional saludable de sus hijos.

Desarrollo de infraestructuras y recursos comunitarios: invertir en la creación de centros de atención a la infancia, espacios de juego seguros y accesibles, y actividades comunitarias que favorezcan la interacción social y la expresión emocional de los niños, contribuye a un desarrollo emocional positivo. La comunidad, a través de políticas de planificación urbana y social, puede facilitar la creación de espacios donde los niños y las familias se sientan apoyados y seguros.

Apoyo institucional a la parentalidad: las políticas públicas que proporcionan recursos y apoyo económico a las familias, especialmente a aquellas en situación de vulnerabilidad, pueden aliviar el estrés que afecta a los padres y, por ende, mejorar las condiciones emocionales del hogar. Esto incluye subsidios por maternidad y paternidad, acceso a guarderías y centros de cuidado infantil, y programas de orientación familiar.

Promoción de la igualdad de oportunidades: las políticas públicas que promueven la igualdad de género y la igualdad de oportunidades para todos los niños, independientemente de su contexto socioeconómico, pueden ayudar a

reducir factores de riesgo para el desarrollo emocional, como el abuso y la negligencia. Invertir en la equidad social y económica también es una forma efectiva de promover un desarrollo emocional saludable en la primera infancia.

6.1.2. Redes de apoyo para familias y profesionales

Las redes de apoyo son fundamentales para crear una comunidad positiva en torno al desarrollo emocional de los niños. Estas redes incluyen tanto a profesionales como a otros padres, grupos comunitarios y organizaciones no gubernamentales que pueden proporcionar recursos, orientación y apoyo emocional. Las redes de apoyo facilitan la creación de un entorno más seguro, enriquecedor y conectado para los niños y sus familias.

Redes de apoyo entre padres: los grupos de padres y las asociaciones comunitarias pueden ser una fuente importante de apoyo emocional y práctico. Estos grupos permiten a los padres compartir experiencias, resolver dudas y apoyarse mutuamente en los desafíos de la crianza. Las redes de apoyo entre padres también promueven un sentido de comunidad y pertenencia, lo que tiene un impacto positivo en el bienestar emocional de las familias.

Colaboración interinstitucional: la cooperación entre las instituciones educativas, de salud, sociales y gubernamentales es crucial para brindar una atención integral a los niños y sus familias. Los profesionales de estas áreas pueden compartir información y recursos, y coordinarse para ofrecer un apoyo más eficaz y personalizado. Por ejemplo, los maestros, psicólogos infantiles, trabajadores sociales y médicos pueden trabajar juntos para identificar problemas emocionales en los niños y derivarlos a servicios especializados.

Capacitación continua para profesionales: los programas que brindan capacitación y actualización a los profesionales de la salud y la educación en temas relacionados con el desarrollo emocional infantil son esenciales. Profesionales bien capacitados pueden identificar signos de dificultades emocionales a tiempo y ofrecer intervenciones adecuadas. Las redes de apoyo también pueden ayudar a los profesionales a mantenerse actualizados sobre las mejores prácticas y enfoques basados en la evidencia.

Organizaciones no gubernamentales y recursos comunitarios: las organizaciones no gubernamentales (ONG) desempeñan un papel fundamental en la promoción del desarrollo emocional de los niños. Muchas de estas organizaciones ofrecen programas de apoyo a las familias, como asesoramiento psicológico, actividades recreativas y educativas, y apoyo a la crianza. Estas organizaciones también pueden proporcionar recursos para padres y

educadores, incluyendo material educativo, talleres y servicios de apoyo emocional.

Redes de apoyo a familias en situación de vulnerabilidad: para las familias que enfrentan situaciones difíciles, como la pobreza, la violencia o el desempleo, las redes de apoyo pueden ser una fuente vital de recursos y asistencia. Estas redes ofrecen acceso a servicios sociales, apoyo económico, programas de salud y recursos para abordar las crisis emocionales, contribuyendo a la creación de un ambiente emocionalmente seguro y estable para los niños.

Conclusiones y recomendaciones

El desarrollo emocional en la infancia es un proceso fundamental que influye directamente en la salud mental y el bienestar general de los niños a lo largo de sus vidas. Las primeras experiencias emocionales y las interacciones con los cuidadores, las familias y el entorno social son cruciales para la construcción de una base sólida que permitirá a los niños manejar sus emociones de manera efectiva, desarrollar relaciones saludables y aprender de manera óptima.

El desarrollo emocional no solo es crucial para el bienestar presente de los niños, sino que también es la base para su futuro éxito social, académico y psicológico. Las emociones son una parte integral del ser humano, y su reconocimiento, comprensión y regulación en la infancia forman el sustrato sobre el cual se construirán habilidades sociales y cognitivas. Además, un adecuado desarrollo emocional durante la infancia está relacionado con una mejor adaptación a los desafíos de la vida, la prevención de trastornos psicológicos y una mayor capacidad para afrontar situaciones adversas.

Las investigaciones científicas muestran que las experiencias emocionales tempranas, como la seguridad en el apego y la capacidad de los padres y cuidadores para responder emocionalmente a las necesidades de los niños, tienen un impacto profundo en la forma en que los niños gestionan sus emociones a lo largo de su vida. Así, la creación de un entorno emocionalmente seguro, apoyado por la intervención temprana, resulta esencial para promover el desarrollo integral de los niños.

En cuanto a los principales aprendizajes y recomendaciones, se destaca la importancia de un apego seguro, que es fundamental para el desarrollo emocional de los niños. Los cuidadores deben proporcionar un ambiente seguro, afectuoso y coherente que permita a los niños explorar sus emociones de manera positiva. Las interacciones cálidas, sensibles y responsivas son esenciales para fomentar la confianza y la seguridad emocional en los niños.

Otro aspecto clave es el papel crucial de la regulación emocional. La capacidad para reconocer, expresar y regular las emociones es una habilidad esencial que se desarrolla desde los primeros años de vida. Los niños deben ser guiados y apoyados para aprender cómo gestionar emociones intensas como la ira, el miedo o la frustración, lo que les permitirá tener una mejor capacidad para afrontar los retos emocionales en su vida diaria.

La influencia del contexto social y cultural también juega un papel importante en el desarrollo emocional. Las experiencias emocionales se desarrollan en un

contexto social y cultural específico, y es necesario tener en cuenta cómo las expectativas culturales y las normas sociales impactan el desarrollo emocional de los niños. Las formas de crianza, las creencias sobre las emociones y las respuestas esperadas de los niños varían de una cultura a otra, lo que influye en la forma en que los niños aprenden a expresar y manejar sus emociones.

Además, es fundamental que la educación socioemocional sea parte integral del currículum escolar desde temprana edad. Los programas que enseñan habilidades socioemocionales, como el autocontrol, la empatía y la resolución de conflictos, deben ser promovidos tanto en el hogar como en las escuelas. Los padres deben recibir apoyo y capacitación para fomentar estas habilidades en casa y así ayudar a sus hijos a desarrollar una base emocional sólida.

La detección temprana de dificultades emocionales es otro aspecto crucial. Los desafíos emocionales, como la ansiedad, la depresión y las dificultades en la regulación emocional, deben ser detectados y tratados a tiempo para evitar efectos negativos a largo plazo. Es importante que los educadores y cuidadores estén capacitados para identificar señales de alerta y proporcionar el apoyo adecuado o derivar a los niños a profesionales si es necesario.

En cuanto a los desafíos y oportunidades, uno de los mayores retos es la falta de recursos y capacitación adecuada para padres y educadores. Muchos de ellos carecen de los conocimientos necesarios para abordar el desarrollo emocional de los niños, lo que puede dificultar la gestión adecuada de las emociones de los niños y afectar su bienestar general. Además, en algunas culturas o contextos, las emociones pueden ser vistas como algo que debe ser reprimido, lo cual impide que los niños aprendan a expresar y regular sus emociones de manera saludable.

Otro desafío importante son las desigualdades sociales y económicas que afectan a muchas familias. Las familias que enfrentan dificultades económicas o sociales a menudo carecen de los recursos necesarios para proporcionar un entorno emocionalmente seguro. El estrés asociado con la pobreza, el desempleo o la falta de apoyo social puede dificultar la capacidad de los padres para atender adecuadamente las necesidades emocionales de sus hijos.

Sin embargo, también existen oportunidades. Una de ellas es la capacitación continua para padres y educadores, lo que les permitirá desarrollar habilidades para manejar el desarrollo y la autorregulación emocionales en los niños. Estos programas de formación pueden incluir estrategias para identificar y apoyar a los niños que puedan estar experimentando dificultades emocionales, lo que permite un enfoque preventivo y una intervención temprana.

Asimismo, las políticas públicas pueden desempeñar un papel fundamental al apoyar el desarrollo emocional de los niños. Esto incluye la inclusión de la educación emocional en las escuelas, el acceso a servicios de salud mental para niños y familias, y la creación de redes de apoyo para los padres. Estas políticas pueden contribuir a la creación de un entorno más propicio para el desarrollo emocional de los niños.

Por último, las comunidades tienen un rol clave en la promoción del desarrollo emocional. Crear espacios que favorezcan el bienestar emocional, como parques infantiles, centros comunitarios y actividades recreativas, puede ser de gran ayuda. Además, fomentar redes de apoyo social entre las familias puede reducir el aislamiento y el estrés de los padres, lo que a su vez favorece el bienestar emocional de los niños.

Bibliografía

- Ainsworth, M. D. S., Blehar, M. C., Waters, E., & Wall, S. N. (2015). *Patterns of attachment: A psychological study of the strange situation*. Psychology press.
- Ainsworth, M. S., & Bowlby, J. (1991). An ethological approach to personality development. *American Psychologist*, 46(4), 333–341. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.46.4.333>
- Alexander, L., Wood, C. M., & Roberts, A. C. (2023). The ventromedial prefrontal cortex and emotion regulation: lost in translation?. *The Journal of Physiology*, 601(1), 37-50. <https://doi.org/10.1113/JP282627>
- Ali, K. (2023). A Review of Emotions Behavior and Cognition. *Journal of Biomedical and Sustainable Healthcare Applications*, 3(2), 165-176. <https://doi.org/10.53759/0088/JBSHA202303016>
- Allen, B. (2023). The historical foundations of contemporary attachment theory: From John Bowlby to Mary Ainsworth. In B. Allen, *The science and clinical practice of attachment theory: A guide from infancy to adulthood* (pp. 13–35). American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/0000333-002>
- Alwaely, S. A., Yousif, N. B. A., & Mikhaylov, A. (2021). Emotional development in preschoolers and socialization. *Early child development and care*, 191(16), 2484-2493. <https://doi.org/10.1080/03004430.2020.1717480>
- Ani, N. C. (2024). The impact of family dynamics on children’s mental health: Systematic review. *NIGERIAN JOURNAL OF ARTS AND HUMANITIES (NJA)*, 4(2).
- Antonopoulou, H. (2024). The value of emotional intelligence: Self-awareness, self-regulation, motivation, and empathy as key components. *Technium Education and Humanities*, 8, 78-92.
- Apostu Ghita, R., Sicrea, C. C., & Chirugu, G. (2024). Repercussions of Chaotic Family on Children's Development. *Rev. Universitara Sociologie*, 182.
- Asmussen, J., Skovgaard, A. M., & Bilenberg, N. (2022). Trajectories of dysregulation in preschool age. *European Child & Adolescent Psychiatry*, 31(2), 313-324. <https://doi.org/10.1007/s00787-020-01689-z>
- Baker, S., Morawska, A., & Mitchell, A. (2019). Promoting children’s healthy habits through self-regulation via parenting. *Clinical child and family psychology review*, 22, 52-62. <https://doi.org/10.1007/s10567-019-00280-6>
- Batty, M., & Taylor, M. J. (2003). Early processing of the six basic facial emotional expressions. *Cognitive brain research*, 17(3), 613-620. [https://doi.org/10.1016/S0926-6410\(03\)00174-5](https://doi.org/10.1016/S0926-6410(03)00174-5)

- Bayet, L., Behrendt, H. F., Cataldo, J. K., Westerlund, A., & Nelson, C. A. (2018). Recognition of facial emotions of varying intensities by three-year-olds. *Developmental psychology*, 54(12), 2240. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/dev0000588>
- Behmanesh, B., Abolmaali Alhosseini, K., & Azadi, M. (2023). Explaining separation anxiety: A qualitative study. *Journal of Research in Psychopathology*, 4(11), 17-22. <https://doi.org/10.22098/jrp.2022.10877.1104>
- Bender, A. E., McKinney, S. J., Schmidt-Sane, M. M., Cage, J., Holmes, M. R., Berg, K. A., ... & Voith, L. A. (2022). Childhood exposure to intimate partner violence and effects on social-emotional competence: A systematic review. *Journal of family violence*, 37(8), 1263-1281. <https://doi.org/10.1007/s10896-021-00315-z>
- Berboth, S., & Morawetz, C. (2021). Amygdala-prefrontal connectivity during emotion regulation: A meta-analysis of psychophysiological interactions. *Neuropsychologia*, 153, 107767. <https://doi.org/10.1016/j.neuropsychologia.2021.107767>
- Bosmans, G., & Borelli, J. L. (2022). Attachment and the development of psychopathology: Introduction to the special issue. *Brain sciences*, 12(2), 174. <https://doi.org/10.3390/brainsci12020174>
- Bowlby, J. (1979). The bowlby-ainsworth attachment theory. *Behavioral and brain sciences*, 2(4), 637-638. <https://doi.org/10.1017/S0140525X00064955>
- Braungart-Rieker, J. M., Hill-Soderlund, A. L., & Karrass, J. (2010). Fear and anger reactivity trajectories from 4 to 16 months: the roles of temperament, regulation, and maternal sensitivity. *Developmental psychology*, 46(4), 791.
- Buckley, B. (2012). *Children's communication skills: from birth to five years*. Routledge.
- Camacho, M. C., Wakschlag, L. S., & Perlman, S. B. (2019). Early Childhood Irritability. *Irritability in Pediatric Psychopathology*, 73.
- Cao, Y., Wang, H., Lv, Y., & Xie, D. (2023). The influence of children's emotional comprehension on peer conflict resolution strategies. *Frontiers in Psychology*, 14, 1142373. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2023.1142373>
- Carter, C. S. (2017). The role of oxytocin and vasopressin in attachment. *Psychodynamic Psychiatry*, 45(4), 499-517. <https://doi.org/10.1521/pdps.2017.45.4.499>
- Cekaite, A., & Kvist Holm, M. (2017). The comforting touch: Tactile intimacy and talk in managing children's distress. *Research on language and social interaction*, 50(2), 109-127. <https://doi.org/10.1080/08351813.2017.1301293>
- Chon, D., & Sitkin, S. B. (2021). Disentangling the process and content of self-awareness: A review, critical assessment, and synthesis. *Academy of Management Annals*, 15(2), 607-651. <https://doi.org/10.5465/annals.2018.0079>

- Chung, D. (2018). The eight stages of psychosocial protective development: Developmental psychology. *Journal of Behavioral and Brain Science*, 8(6), 369-398. <https://doi.org/10.4236/jbbs.2018.86024>
- Cole, P. M., Dennis, T. A., Smith-Simon, K. E., & Cohen, L. H. (2009). Preschoolers' emotion regulation strategy understanding: Relations with emotion socialization and child self-regulation. *Social development*, 18(2), 324-352. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9507.2008.00503.x>
- Cooke, J. E., Kochendorfer, L. B., Stuart-Parrigon, K. L., Koehn, A. J., & Kerns, K. A. (2019). Parent-child attachment and children's experience and regulation of emotion: A meta-analytic review. *Emotion*, 19(6), 1103. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/emo0000504>
- Corrêa, C. G. L. (2024). The relation between affection and cognition: theoretical perspectives. *Psicologia Escolar e Educacional*, 28, e257346. <https://doi.org/10.1590/2175-35392024-257346-T>
- Crotty, J. E., Martin-Herz, S. P., & Scharf, R. J. (2023). Cognitive development. *Pediatrics in Review*, 44(2), 58-67. <https://doi.org/10.1542/pir.2021-005069>
- Daneshfar, S., & Moharami, M. (2018). Dynamic assessment in Vygotsky's sociocultural theory: Origins and main concepts. *Journal of Language Teaching and Research*, 9(3), 600-607. <http://dx.doi.org/10.17507/jltr.0903.20>
- Darling-Churchill, K. E., & Lippman, L. (2016). Early childhood social and emotional development: Advancing the field of measurement. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 45, 1-7. <https://doi.org/10.1016/j.appdev.2016.02.002>
- Davis, E. L., Parsafar, P., & Brady, S. M. (2023). Early antecedents of emotion differentiation and regulation: Experience tunes the appraisal thresholds of emotional development in infancy. *Infant Behavior and Development*, 70, 101786. <https://doi.org/10.1016/j.infbeh.2022.101786>
- Deichmann, F., & Ahnert, L. (2021). The terrible twos: How children cope with frustration and tantrums and the effect of maternal and paternal behaviors. *Infancy*, 26(3), 469-493.
- Einon, D., & Potegal, M. (2013). Temper tantrums in young children. In *The dynamics of aggression* (pp. 157-194). Psychology Press. <https://doi.org/10.1111/infa.12389>
- Diener, M. L., Casady, M. A., & Wright, C. (2003). Attachment security among mothers and their young children living in poverty: Associations with maternal, child, and contextual characteristics. *Merrill-Palmer Quarterly*, 49(2), 154-182. <https://doi.org/10.1353/mpq.2003.0007>
- Durlak, J. A., Mahoney, J. L., & Boyle, A. E. (2022). What we know, and what we need to find out about universal, school-based social and emotional learning programs for children and adolescents: A review of meta-analyses and directions for future research. *Psychological Bulletin*, 148(11-12), 765.

Duschinsky, R. (2015). The emergence of the disorganized/disoriented (D) attachment classification, 1979–1982. *History of psychology*, 18(1), 32. <https://doi.org/10.1037/a0038524>

Eijgenraam, L. (2020). *Why Children Need Boundaries: How Clear Rules and Healthy Habits Will Help Your Children Thrive*. Floris Books.

Enez, Ö. (2021). An overview of emotion-focused therapy. *Current Research and Reviews in Psychology and Psychiatry*, 1(1), 77-95.

Erickson, R. J., & Cottingham, M. D. (2014). Families and emotions. *Handbook of the sociology of emotions: Volume II*, 359-383. https://doi.org/10.1007/978-94-017-9130-4_17

Erzen, E., & Çikrikçi, Ö. (2024). Three-dimensional attachment and psychological vulnerability: Mediation role of mental well-being. *British Journal of Guidance & Counselling*, 52(5), 863-876. <https://doi.org/10.1080/03069885.2023.2223752>

Falahzade, F., Yaghobi, Y., Mirzaei, M., Hosseinzadeh Siboni, F., & Kazemnezhad Leili, E. (2024). Separation Anxiety and Its Related Factors Among Preschool Children in Northern Iran From the Parents' Point of View. *Journal of Holistic Nursing And Midwifery*, 34(4), 345-356. <http://dx.doi.org/10.32598/jhnm.34.4.2809>

Farhan, F. A., & Adham, A. E. (2019). Development Of Affective Self–Awareness On Stage Of Later Childhood. *Opción: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, (21), 411-428.

Fatria, F., & Juwita, P. (2024). Emotional Validation in Early Childhood. In *International Conference on Advanced Innovation STEAMR, Social, and Humanities* (Vol. 1, No. 1, pp. 17-20).

Febiyanti, A., & Rachmawati, Y. (2021, March). Is authoritative parenting the best parenting style?. In *5th international conference on early childhood education (ICECE 2020)* (pp. 94-99). Atlantis Press. <https://doi.org/10.2991/assehr.k.210322.021>

Ferreira, I. A., Fornara, F., Pinna, V., Manca, A., & Guicciardi, M. (2024). Autonomy as key to healthy psychological well-being: A systematic literature review on children's independent mobility, cognitive and socio-emotional development. *Journal of Transport & Health*, 38, 101837. <https://doi.org/10.1016/j.jth.2024.101837>

Franchino-Olsen, H., Woollett, N., Thurston, C., Maluleke, P., Christofides, N., & Meinck, F. (2025). “They should ask me so that they can help me”: Patterns of young children's expressed feelings and beliefs when interviewed about violence and difficult experiences. *Child Abuse & Neglect*, 162, 106932 <https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2024.106932>

Gabrys, R. L., Tabri, N., Anisman, H., & Matheson, K. (2018). Cognitive control and flexibility in the context of stress and depressive symptoms: The cognitive control and flexibility questionnaire. *Frontiers in psychology*, 9, 2219. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.02219>

Gagne, J. R., Liew, J., & Nwadinobi, O. K. (2021). How does the broader construct of self-regulation relate to emotion regulation in young children?. *Developmental Review*, 60, 100965. <https://doi.org/10.1016/j.dr.2021.100965>

Gagnon, S., & Monties, V. (2023). Interpersonal emotion regulation strategies: Enabling flexibility in high-stress work environments. *Journal of Organizational Behavior*, 44(1), 84-101. <https://doi.org/10.1002/job.2660>

Garcia-Peinado, R. (2023). The impact of classroom climate on emotional development in childhood. *Environment and Social Psychology*, 9(1), 1-17

García-Rodríguez, L., Redín, C. I., & Abaitua, C. R. (2023). Teacher-student attachment relationship, variables associated, and measurement: A systematic review. *Educational Research Review*, 38, 100488. <https://doi.org/10.1016/j.edurev.2022.100488>

George, A. H., & George, A. S. (2023). Decoding Infant Communication: Understanding the Meaning Behind Baby's Cries. *Partners Universal Innovative Research Publication*, 1(1), 1-14. <https://doi.org/10.5281/zenodo.8432700>

Gilkison, L. (2021). *Two approaches for fostering self-regulatory competencies in home-based early childhood education and care: exploring benefits for children's developing self-regulatory and socio-emotional competencies through the transition to school* (Doctoral dissertation, University of Otago).

Gökçe, G., & Yılmaz, B. (2018). Emotional availability of parents and psychological health: what does mediate this relationship?. *Journal of Adult Development*, 25, 37-47.

Goldstein, A. P., & Michaels, G. Y. (2021). *Empathy: Development, training, and consequences*. Routledge.

González Fernández-Larrea, M., González González, G. R., González Aportela, O., & Batista Mainegra, A. (2021). Educación y sociedad: universidad, extensión universitaria y comunidad. *Revista Cubana de Educación Superior*, 40.

Gross, Y. (2020). Erikson's stages of psychosocial development. *The Wiley Encyclopedia of Personality and Individual Differences: Models and Theories*, 179-184.

Grosse, G., Streubel, B., Gunzenhauser, C., & Saalbach, H. (2021). Let's talk about emotions: The development of children's emotion vocabulary from 4 to 11 years of age. *Affective Science*, 2(2), 150-162. <https://doi.org/10.1007/s42761-021-00040-2>

Groves, N. B., Wells, E. L., Soto, E. F., Marsh, C. L., Jaisle, E. M., Harvey, T. K., & Kofler, M. J. (2022). Executive functioning and emotion regulation in children with and without ADHD. *Research on child and adolescent psychopathology*, 1-15. <https://doi.org/10.1007/s10802-021-00883-0>

Hajal, N. J., & Paley, B. (2020). Parental emotion and emotion regulation: A critical target of study for research and intervention to promote child emotion socialization. *Developmental psychology*, 56(3), 403. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/dev0000864>

- Hall, J. A., & Schwartz, R. (2019). Empathy present and future. *The Journal of social psychology*, 159(3), 225-243. <https://doi.org/10.1080/00224545.2018.1477442>
- Hardy, J. K., & McLeod, R. H. (2020). Using positive reinforcement with young children. *Beyond Behavior*, 29(2), 95-107. <https://doi.org/10.1177/1074295620915724>
- Howe, D., & Betts, L. (2023). *Attachment across the lifecourse: A brief introduction*. Bloomsbury Publishing.
- Hoyniak, C. P., Bates, J. E., McQuillan, M. E., Albert, L. E., Staples, A. D., Molfese, V. J., ... & Deater-Deckard, K. (2021). The family context of toddler sleep: Routines, sleep environment, and emotional security induction in the hour before bedtime. *Behavioral Sleep Medicine*, 19(6), 795-813. <https://doi.org/10.1080/15402002.2020.1865356>
- Huggins, C. F., Donnan, G., Cameron, I. M., & Williams, J. H. (2020). A systematic review of how emotional self-awareness is defined and measured when comparing autistic and non-autistic groups. *Research in autism spectrum disorders*, 77, 101612. <https://doi.org/10.1016/j.rasd.2020.101612>
- Israelashvili, J., Sauter, D., & Fischer, A. (2019). How well can we assess our ability to understand others' feelings? Beliefs about taking others' perspectives and actual understanding of others' emotions. *Frontiers in Psychology*, 10, 2475. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2019.02475>
- Johnson, S. R., Finlon, K. J., & Izard, C. E. (2016). The development and validation of the behavior and emotion expression observation system to characterize preschoolers' social and emotional interactions. *Early Education and Development*, 27(7), 896-913. <https://doi.org/10.1080/10409289.2016.1175241>
- Jolivet, K., Stichter, J. P., Sibilsky, S., Scott T. M., & Ridgley, R. (2002). Naturally occurring opportunities for preschool children with or without disabilities to make choices. *Education and Treatment of Children*, 396-414. <https://www.jstor.org/stable/42899719>
- Kamphaus, R. W., VanDeventer, M. C., Brueggemann, A., & Barry, M. (2014). Behavior assessment system for children. In *The clinical assessment of children and adolescents* (pp. 311-326). Routledge.
- Kanamaru, T., & Muto, T. (2004). Individual differences in emotional regulation of two-year old children during interactions with mothers. *Japanese Journal of Developmental Psychology*.
- Kandler, C., Bratko, D., Butković, A., Hlupić, T. V., Tybur, J. M., Wesseldijk, L. W., ... & Lewis, G. J. (2021). How genetic and environmental variance in personality traits shift across the life span: Evidence from a cross-national twin study. *Journal of Personality and Social Psychology*, 121(5), 1079. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/pspp0000366>

- Kang, J., & Guo, H. (2022). The effects of authoritative parenting style on young adult children's prosocial behaviour: the mediating role of emotion-regulation. *China Journal of Social Work*, 15(2), 162-177. <https://doi.org/10.1080/17525098.2021.1956760>
- Keltner, D., Sauter, D., Tracy, J., & Cowen, A. (2019). Emotional expression: Advances in basic emotion theory. *Journal of nonverbal behavior*, 43, 133-160. <https://doi.org/10.1007/s10919-019-00293-3>
- Khusnidakhon, K. (2021). The importance of enhancing social skills of preschoolers. *European Scholar Journal*, 2(3), 74-78.
- Kimonis, E. R., Jain, N., Neo, B., Fleming, G. E., & Briggs, N. (2023). Development of an empathy rating scale for young children. *Assessment*, 30(1), 37-50. <https://doi.org/10.1177/10731911211038629>
- Klein, M. (2018). Some theoretical conclusions regarding the emotional life of the infant 1. In *Developments in psychoanalysis* (pp. 198-236). Routledge.
- Koçak, Z., & Çağatay, S. E. (2024). Childhood traumas and emotional eating: The mediating role of self-esteem, and emotion dysregulation. *Current Psychology*, 43(25), 21783-21791. <https://doi.org/10.1007/s12144-024-05953-2>
- Konishi, C., & Wong, T. K. (2018). Relationships and school success: From a social-emotional learning perspective. *Health and academic achievement*, 103.
- Ladd, G. W., & Sechler, C. M. (2013). Young children's peer relations and social competence. In *Handbook of research on the education of young children* (pp. 47-80). Routledge.
- Ladd, G. W., Herald-Brown, S. L., & Andrews, R. K. (2009). The Child Behavior Scale (CBS) revisited: a longitudinal evaluation of CBS subscales with children, preadolescents, and adolescents. *Psychological Assessment*, 21(3), 325. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/a0016205>
- Lam, L. T., Rai, A., & Lam, M. K. (2019). Attachment problems in childhood and the development of anxiety in adolescents: A systematic review of longitudinal and prospective studies. *Mental Health & Prevention*, 14, 100154. <https://doi.org/10.1016/j.mhp.2019.02.002>
- Landreth, G., & Homeyer, L. (2021). Play as the language of children's feelings. In *Play from birth to twelve* (pp. 193-198). Routledge.
- Lane, R. D., & Smith, R. (2021). Levels of emotional awareness: theory and measurement of a socio-emotional skill. *Journal of Intelligence*, 9(3), 42. <https://doi.org/10.3390/jintelligence9030042>
- Lee, J. H., & Son, C. (2023). The Effect of negative emotion on concentration through emotional regulation: mediated moderation of Metacognitive Awareness. *Journal of rational-emotive & cognitive-behavior therapy*, 41(3), 663-675. <https://doi.org/10.1007/s10942-022-00473-z>

- Leerkes, E. M., & Bailes, L. G. (2019). Emotional development within the family context. *Handbook of emotional development*, 627-661. https://doi.org/10.1007/978-3-030-17332-6_24
- Li, H. C. W., & Lopez, V. (2005). Children's Emotional Manifestation Scale: development and testing. *Journal of Clinical Nursing*, 14(2), 223-229. <https://onlinelibrary.wiley.com/journal/13652702>
- Likhar, A., Baghel, P., Patil, M., & Patil, M. S. (2022). Early childhood development and social determinants. *Cureus*, 14(9).
- Linhare, G., Lima, E. S., Perico, C. P., Da Silva Filho, A. C., De Pierri, C. R., Raittz, R. T., ... & Marchaukoski, J. N. (2024). How the Endocrine System and Microbiota Explain the Emotions Biochemistry and their Impact in Health. *Health Science Journal*, 18(10), 1-10.
- Löchner, J., & Schuller, B. W. (2023). Child and youth affective computing—challenge accepted. *IEEE Intelligent Systems*, 37(6), 69-76. <https://doi.org/10.1109/MIS.2022.3209047>
- Łowicki, P., & Zajenkowski, M. (2017). Divine emotions: On the link between emotional intelligence and religious belief. *Journal of Religion and Health*, 56, 1998-2009. <https://doi.org/10.1007/s10943-016-0335-3>
- Lychnell, L. (2021). 2 How does emotional intelligence feel? An exercise to cultivate self-awareness, self-regulation, perspective-taking and empathy. *Revolutionizing Sustainability Education: Stories and Tools of Mindset Transformation*.
- MacNeill, L. A., & Pérez-Edgar, K. (2020). Temperament and emotion. *The encyclopedia of child and adolescent development*, 1-12.
- Magalhães-Barbosa, M. C. D., Prata-Barbosa, A., & Cunha, A. J. L. A. D. (2022). Toxic stress, epigenetics and child development. *Jornal de pediatria*, 98, 13-18. <https://doi.org/10.1016/j.jpmed.2021.09.007>
- Maree, J. G. (2022). The psychosocial development theory of Erik Erikson: critical overview. *The influence of theorists and pioneers on early childhood education*, 119-133.
- Martín Quintana, J. C., Alemán Ramos, P. F., & Morales Almeida, P. (2023, August). The influence of perceived security in childhood on adult self-concept: The mediating role of resilience and self-esteem. In *Healthcare* (Vol. 11, No. 17, p. 2435). MDPI. <https://doi.org/10.3390/healthcare11172435>
- Martinez, M. E., & Gomez, V. (2024). The Importance of Social-Emotional Learning in Schools. *Acta Pedagogica Asiana*, 3(2), 101-112. <https://doi.org/10.53623/apga.v3i2.468>
- Matsumoto, D., & Hwang, H. S. (2012). Culture and emotion: The integration of biological and cultural contributions. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 43(1), 91-118. <https://doi.org/10.1177/0022022111420147>

- McConnell, M. M. (2024). Emotions and clinical decision-making. In *Fundamentals and Frontiers of Medical Education and Decision-Making* (pp. 139-168). Routledge.
- McDermott, C. L., Norton, E. S., & Mackey, A. P. (2023). A systematic review of interventions to ameliorate the impact of adversity on brain development. *Neuroscience & Biobehavioral Reviews*, 153, 105391. <https://doi.org/10.1016/j.neubiorev.2023.105391>
- McKee, L. G., Duprey, E. B., & O'Neal, C. W. (2021). Emotion socialization and young adult internalizing symptoms: The roles of mindfulness and emotion regulation. *Mindfulness*, 12(1), 53-60. <https://doi.org/10.1007/s12671-018-1079-9>
- McLeod, S. (2018). Piaget's theory and stages of cognitive development. *Developmental Psychology, Simply Psychology*.
- Mikulincer, M., & Shaver, P. R. (2023). *Attachment theory applied: Fostering personal growth through healthy relationships*. Guilford Publications.
- Mintz, S. (2019). Introduction: Children and Globalization. In *Children and Globalization* (pp. 1-13). Routledge.
- Moehler, E., Brunner, R., & Sharp, C. (2022). Emotional dysregulation in children and adolescents. *Frontiers in psychiatry*, 13, 883753. <https://doi.org/10.3389/fpsy.2022.883753>
- Mohr, C., Gross-Hemmi, M. H., Meyer, A. H., Wilhelm, F. H., & Schneider, S. (2019). Temporal patterns of infant regulatory behaviors in relation to maternal mood and soothing strategies. *Child Psychiatry & Human Development*, 50, 566-579. <https://doi.org/10.1007/s10578-018-00862-5>
- Möller, C., Odersjö, C., Pilesjö, F., Terpening, K., Österberg, M., & Holmqvist, R. (2017). Reflective functioning, limit setting, and emotional availability in mother-child dyads. *Parenting*, 17(4), 225-241. <https://doi.org/10.1080/15295192.2017.1369311>
- Music, G. (2024). *Nurturing natures: Attachment and children's emotional, sociocultural and brain development*. Routledge.
- Nergaard, K. (2019). Empathic expressions among three-year-olds in play and interaction in ECEC institutions in Norway: Bodily empathic expressions purposed for peers' well-being and confirming relationships. *Early Child Development and Care*, 189(9), 1444-1456. <https://doi.org/10.1080/03004430.2017.1387782>
- Ogren, M., & Sandhofer, C. M. (2021). Toddler word learning is robust to changes in emotional context. *Infant and child development*, 30(6), e2270. <https://doi.org/10.1002/icd.2270>
- Oktaviani, M., Dwijulianto, A., Istiqoma, A. P., Saefullah, D. R., Sagita, F., Nabel, M., & Devi, S. K. (2023). Parenting and children's emotional development. *International Journal of Business, Law, and Education*, 4(1), 47-53. <https://doi.org/10.56442/ijble.v4i1.100>

- Opie, J. E., McIntosh, J. E., Esler, T. B., Duschinsky, R., George, C., Schore, A., ... & Olsson, C. A. (2021). Early childhood attachment stability and change: A meta-analysis. *Attachment & Human Development*, 23(6), 897-930. <https://doi.org/10.1080/14616734.2020.1800769>
- Ortiz, R., Gilgoff, R., & Harris, N. B. (2022). Adverse childhood experiences, toxic stress, and trauma-informed neurology. *JAMA neurology*, 79(6), 539-540.
- Özyürek, A., & Çetin, A. (2022). The Investigation of The Effect of Secure Attachment to Mother on Self-Perception In Middle Childhood. *International Journal of Contemporary Educational Research*, 9(2), 272-282. <https://doi.org/10.33200/ijcer.1031115>
- Pakpahan, F. H., & Saragih, M. (2022). Theory of cognitive development by Jean Piaget. *Journal of Applied Linguistics*, 2(1), 55-60. <https://doi.org/10.52622/joal.v2i2.79>
- Paley, B., & Hajal, N. J. (2022). Conceptualizing emotion regulation and coregulation as family-level phenomena. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 25(1), 19-43. <https://doi.org/10.1007/s10567-022-00378-4>
- Pallini, S., Chirumbolo, A., Morelli, M., Baiocco, R., Laghi, F., & Eisenberg, N. (2018). The relation of attachment security status to effortful self-regulation: A meta-analysis. *Psychological bulletin*, 144(5), 501. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/bul0000134>
- Paramita, P. E., Zulkifli, Z., Aziz, F., Supendi, D., & Muhammadiyah, M. U. (2023). Analysis of the influence of gadgets on children's emotional intelligence. *Jurnal Scientia*, 12(01), 132-137. <https://doi.org/10.58471/scientia.v12i01.1057>
- Parsafar, P., Fontanilla, F. L., & Davis, E. L. (2019). Emotion regulation strategy flexibility in childhood: When do children switch between different strategies?. *Journal of Experimental Child Psychology*, 183, 1-18. <https://doi.org/10.1016/j.jecp.2019.01.004>
- Pollak, S. D., & Gunnar, M. R. (2025). What Developmental Science Has to Say About Caregiving. *Dædalus*, 154(1), 36-51. https://doi.org/10.1162/daed_a_02122
- Pontoppidan, M., Niss, N. K., Pejtersen, J. H., Julian, M. M., & Væver, M. S. (2017). Parent report measures of infant and toddler social-emotional development: a systematic review. *Family practice*, 34(2), 127-137. <https://doi.org/10.1093/fampra/cmz003>
- Preece, D. A., Mehta, A., Petrova, K., Sikka, P., Bjureberg, J., Becerra, R., & Gross, J. J. (2023). Alexithymia and emotion regulation. *Journal of affective disorders*, 324, 232-238. <https://doi.org/10.1016/j.jad.2022.12.065>
- Rademacher, A., Goagoses, N., Schmidt, S., Zumbach, J., & Koglin, U. (2022). Preschoolers' profiles of self-regulation, social-emotional and behavior skills and its prediction for a successful behavior adaptation during the transitional period from preschool to elementary school. *Early Education and Development*, 33(7), 1137-1151. <https://doi.org/10.1080/10409289.2021.1958283>

- Rahmatirad, M. (2020). A review of socio-cultural theory. *Siasat*, 5(3), 23-31. <https://doi.org/10.33258/siasat.v5i3.66>
- Rees, C. (2008). The influence of emotional neglect on development. *Paediatrics and Child Health*, 18(12), 527-534. <https://doi.org/10.1016/j.paed.2008.09.003>
- Rochat, P. (2003). Five levels of self-awareness as they unfold early in life. *Consciousness and cognition*, 12(4), 717-731. [https://doi.org/10.1016/S1053-8100\(03\)00081-3](https://doi.org/10.1016/S1053-8100(03)00081-3)
- Rodrigues, M., Sokolovic, N., Madigan, S., Luo, Y., Silva, V., Misra, S., & Jenkins, J. (2021). Paternal sensitivity and children's cognitive and socioemotional outcomes: A meta-analytic review. *Child development*, 92(2), 554-577. <https://doi.org/10.1111/cdev.13545>
- Rodríguez-Torres, R., Leyens, J. P., Pérez, A. R., Rodríguez, V. B., Quiles del Castillo, M. N., Demoulin, S., & Cortés, B. (2005). The lay distinction between primary and secondary emotions: A spontaneous categorization?. *International Journal of Psychology*, 40(2), 100-107. <https://doi.org/10.1080/00207590444000221>
- Rolfe, S. A. (2020). *Rethinking attachment for early childhood practice: Promoting security, autonomy and resilience in young children*. Routledge.
- Ronen, T. (2021). The role of coping skills for developing resilience among children and adolescents. In *The Palgrave handbook of positive education* (pp. 345-368). Cham: Springer International Publishing.
- Saarni, C. (2008). The interface of emotional development with social context. *Handbook of emotions*, 3, 332-347.
- Sanghvi, P. (2020). Piaget's theory of cognitive development: a review. *Indian Journal of Mental Health*, 7(2), 90-96.
- Santamaría-Villar, M. B., Gilar-Corbi, R., Pozo-Rico, T., & Castejón, J. L. (2021). Teaching socio-emotional competencies among primary school students: Improving conflict resolution and promoting democratic co-existence in schools. *Frontiers in Psychology*, 12, 659348. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2021.659348>
- Schiemer, M., & Schiemer, M. (2017). How to make sense of “developing a sense of belonging” through “feeling like a family” in the light of cultural and societal backgrounds. *Education for Children with Disabilities in Addis Ababa, Ethiopia: Developing a Sense of Belonging*, 7-42. https://doi.org/10.1007/978-3-319-60768-9_2
- Schore, A. N. (2015). *Affect regulation and the origin of the self: The neurobiology of emotional development*. Routledge.
- Sciaraffa, M. A., Zeanah, P. D., & Zeanah, C. H. (2018). Understanding and promoting resilience in the context of adverse childhood experiences. *Early childhood education journal*, 46, 343-353. <https://doi.org/10.1007/s10643-017-0869-3>

- Seland, M., Beate Hansen Sandseter, E., & Bratterud, Å. (2015). One-to three-year-old children's experience of subjective wellbeing in day care. *Contemporary Issues in Early Childhood*, 16(1), 70-83. <https://doi.org/10.1177/1463949114567272>
- Šimić, G., Tkalčić, M., Vukić, V., Mulc, D., Španić, E., Šagud, M., ... & R. Hof, P. (2021). Understanding emotions: origins and roles of the amygdala. *Biomolecules*, 11(6), 823. <https://doi.org/10.3390/biom11060823>
- Siregar, K. Z. S., & Sit, M. (2024). The Role of Parents in Early Childhood Social Emotional Development. *Continuous Education: Journal of Science and Research*, 5(2), 143-150 <https://doi.org/10.51178/ce.v5i2.1904>
- Smits, M. L., Luyten, P., Feenstra, D. J., Bales, D. L., Kamphuis, J. H., Dekker, J. J., ... & Busschbach, J. J. (2022). Trauma and outcomes of mentalization-based therapy for individuals with borderline personality disorder. *American journal of psychotherapy*, 75(1), 12-20. <https://doi.org/10.1176/appi.psychotherapy.20210027>
- Sofri, I., Czik, A., & Ziv, Y. (2025). Parent-child emotional availability, children's early emotional reflectivity skills, and social behavior in kindergarten. *Family Relations*, 74(2), 951-968. <https://doi.org/10.1111/fare.13131>
- Soussignan, R., Dollion, N., Schaal, B., Durand, K., Reissland, N., & Baudouin, J. Y. (2018). Mimicking emotions: How 3–12-month-old infants use the facial expressions and eyes of a model. *Cognition and Emotion*, 32(4), 827-842. <https://doi.org/10.1080/02699931.2017.1359015>
- Spinrad, T. L., Eisenberg, N., & Morris, A. S. (2022). Empathy-related responding in children. In *Handbook of moral development* (pp. 255-271). Routledge.
- Sukumaran, P. A., & Balakrishna, B. B. (2021). Parenting styles and social-emotional development of preschool children. *International Journal of Contemporary Pediatrics*, 8(12), 1952. <https://dx.doi.org/10.18203/2349-3291.ijcp20214534>
- Suryana, D., & Latifa, B. (2023). Inner Child Influence on Early Childhood Emotions. *Educational Administration: Theory and Practice*, 29(3), 289-299.
- Svinth, L. (2013). Children's collaborative encounters in pre-school. *Early child development and care*, 183(9), 1242-1257. <https://doi.org/10.1080/03004430.2012.719228>
- Tamir, M. (2016). Why do people regulate their emotions? A taxonomy of motives in emotion regulation. *Personality and social psychology review*, 20(3), 199-222. <https://doi.org/10.1177/1088868315586325>
- Thompson, N. M., Van Reekum, C. M., & Chakrabarti, B. (2022). Cognitive and affective empathy relate differentially to emotion regulation. *Affective Science*, 3(1), 118-134. <https://doi.org/10.17864/1947.305>

Thümmler, R., Engel, E. M., & Bartz, J. (2022). Strengthening emotional development and emotion regulation in childhood—As a key task in early childhood education. *International journal of environmental research and public health*, 19(7), 3978. <https://doi.org/10.3390/ijerph19073978>

Trevarthen, C. (2017). The function of emotions in early infant communication and development. In *New perspectives in early communicative development* (pp. 48-81). Routledge.

Ulmer-Yaniv, A., Waidergoren, S., Shaked, A., Salomon, R., & Feldman, R. (2022). Neural representation of the parent–child attachment from infancy to adulthood. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 17(7), 609-624. <https://doi.org/10.1093/scan/nsab132>

Van Der Voort, A., Juffer, F., & Bakermans-Kranenburg, M. J. (2014). Sensitive parenting is the foundation for secure attachment relationships and positive social-emotional development of children. *Journal of Children's Services*, 9(2), 165-176. <https://doi.org/10.1108/JCS-12-2013-0038>

Van Kleef, G. A., & Côté, S. (2022). The social effects of emotions. *Annual review of psychology*, 73(1), 629-658. <https://doi.org/10.1146/annurev-psych-020821-010855>

Veijalainen, J., Reunamo, J., & Heikkilä, M. (2021). Early gender differences in emotional expressions and self-regulation in settings of early childhood education and care. *Early Child Development and Care*. <https://doi.org/10.1080/03004430.2019.1611045>

Vesterling, C., & von Düring, U. (2025). The Moderating Role of Parental Overprotection and Insecure Child–Caregiver Attachment on the Association Between Adaptive Emotion Regulation Strategies and Vegetative Somatoform Symptoms in Childhood. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 2025(1), 7715429. <https://doi.org/10.1155/cad/7715429>

Viveros, M. P., Marco, E. M., Llorente, R., & Lamota, L. (2007). The role of the hippocampus in mediating emotional responses to nicotine and cannabinoids: a possible neural substrate for functional interactions. *Behavioural pharmacology*, 18(5-6), 375-389.

von Salisch, M., Voltmer, K., Miller-Slough, R., Chin, J. C., & Denham, S. (2022). Emotions and social development in childhood. *The Wiley-Blackwell Handbook of Childhood Social Development*, 631-650. <https://doi.org/10.1002/9781119679028.ch34>

Williams, W. C., Morelli, S. A., Ong, D. C., & Zaki, J. (2018). Interpersonal emotion regulation: Implications for affiliation, perceived support, relationships, and well-being. *Journal of personality and social psychology*, 115(2), 224. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/pspi0000132>

Worley, L. E., & Goble, C. B. (2016). Enhancing the Quality of Toddler Care. *YC: Young Children*, 71(4).

- Yamaoka, Y., & Bard, D. E. (2019). Positive parenting matters in the face of early adversity. *American Journal of Preventive Medicine*, 56(4), 530-539. <https://doi.org/10.1016/j.amepre.2018.11.018>
- Yan, D., & Li, L. (2025). Delay of Gratification. In *The ECPH Encyclopedia of Psychology* (pp. 372-373). Singapore: Springer Nature Singapore. https://doi.org/10.1007/978-981-97-7874-4_733
- Yang, Y., & Wang, Q. (2019). Culture in emotional development. *Handbook of emotional development*, 569-593. https://doi.org/10.1007/978-3-030-17332-6_22
- Ye, Z. Y., Han, Z. Y., & Zhong, B. L. (2024). Secure base and mental health in children: a narrative review. *Translational Pediatrics*, 13(9), 1608. <https://doi.org/10.21037/tp-24-191>
- Yilmaz, H., Arslan, C., & Arslan, E. (2022). The effect of traumatic experiences on attachment styles. *Anales de Psicología/Annals of Psychology*, 38(3), 489-498. <https://doi.org/10.6018/analesps.489601>
- Zaporozhets, A. V. (2020). Development of Emotions in Children. *Journal of Russian & East European Psychology*, 57(2-3), 67-91. <https://doi.org/10.1080/10610405.2020.1760760>
- Zhou, X. (2024). Sociocultural Theory in Early Childhood Education. *Lecture Notes in Education Psychology and Public Media*, 51, 190-196. <https://doi.org/10.54254/2753-7048/51/20240981>
- Zhu, Y., Gao, H., Tong, L., Li, Z., Wang, L., Zhang, C., ... & Yan, B. (2019). Emotion regulation of hippocampus using real-time fMRI neurofeedback in healthy human. *Frontiers in human neuroscience*, 13, 242. <https://doi.org/10.3389/fnhum.2019.00242>
- Zhylin, M., Mendelo, V., Bondarevych, S., Kokorina, Y., & Tatianchykov, A. (2024). Genetic Basis of Emotional Regulation: Integrative Analysis of Behavioral and Neurobiological Data. *OBM Neurobiology*, 8(4), 1-21. <http://dx.doi.org/10.21926/obm.neurobiol.2404256>
- Zimmermann, L. K., & Stansbury, K. (2003). The influence of temperamental reactivity and situational context on the emotion-regulatory abilities of 3-year-old children. *The Journal of genetic psychology*, 164(4), 389-409. <https://doi.org/10.1080/00221320309597886>
- Zwir, I., Arnedo, J., Del-Val, C., Pulkki-Råback, L., Konte, B., Yang, S. S., ... & Cloninger, C. R. (2020). Uncovering the complex genetics of human temperament. *Molecular psychiatry*, 25(10), 2275-2294. <https://doi.org/10.1038/s41380-018-0264-5>



erevna
CIENCIA EDICIONES

ISBN: 978-9942-7297-5-0



9 789942 729750